



GENIIT

sociología
ciencia - literatura

Dionysios: El anarquismo y lo que no lo es. — H. Koechlin: Consideraciones sobre la tolerancia. — José Peirats: La razón de Estado, el sacrificio épico y la reacción sentimental. — Ugo Fedeli: La vida y los libros. Un himno a la libertad: Thyl Ulenspiegel. — Fontaura: Vermeer o el encanto de la sencillez. — Eugen Relgis: El hombre libre ante la barbarie totalitaria. El individuo, el pueblo, el Estado. — Plácido Bravo: Introspectiva. Fuentes de inspiración. — E. Regné Barbance: ¿Qué es un delincuente? — Stephen Barber: El Japón entre dos mundos. — Redacción: Al día con la ciencia. — George Ceres: Las Utopías. Una ojeada a la vida en tierra libre. Año 2040. — Varios: España vista por sus escritores. — Luce Fabbri: El anticomunismo, el antiimperialismo y la paz. — Notas: El movimiento colectivista en Palestina. — J. Carmona Blanco: «Cañaveral junto al mar». — Nuestra portada: «La pluma».



FEBRERO
1953

26

Revista Mensual

Ayuntamiento de Madrid

NUESTRA PORTADA

Desaparecieron hace tiempo los calígrafos, medio artistas y medio funcionarios que hacían prodigios, complicados y maravillosos arabescos con la pluma. Antes de que apareciera la imprenta, a los llamados copistas, artesanos de la pluma les era confiada la honrosa tarea de reproducción de la cultura, de pueblo en pueblo y de siglo en siglo. Muchos errores se han venido achacando a los deslices involuntarios o a la fantasía desbordante, y hasta a la mala tentación de corregir, añadir o quitar por los tales padres de la biblioteca. Pero aparte este pequeño lunar, juzgando en bloque al primerizo proletariado de la pluma, su labor no merece más que loas.

Con la imprenta, y con la máquina de escribir en nuestros días, la pluma ha visto relegada su función a la humillante y vil de trazar borradores, y a calzar los textos dactilografiados directamente a la máquina con un simple nombre o una rúbrica, por cierto hoy bien poco complicada. Se va perdiendo el uso de la manuscritura, y sobre todo de la escritura a mano legible. Hoy se ha puesto de moda trazar garabatos ininteligibles. Cuando más abstrusa es una escritura mayor es la fama de docto del que la escribe, y un escrito en caracteres chinos tiene que ser necesariamente profundo, trascendental. Pero una mano empuñando la pluma evocará siempre el tesoro de la literatura universal y las grandes tempestades históricas de ideas que supo desatar el hombre con, al parecer, tan deleznable instrumento.

LA PENSÉE CHINOISE ET SON RÔLE DANS LA GRANDE SYNTHÈSE HUMAINE

por **Paul GILLE**

Se trata de un breve estudio de psicología, en donde, de una manera clara y concisa, queda reflejado el fondo moral que ha caracterizado, desde los tiempos más remotos, la filosofía de los pensadores chinos. Es una exposición objetiva que ha de interesar a todo aquel que se complazca en estudiar la evolución del pensamiento ético al través de los tiempos y de los pueblos.

Este opúsculo, incluidos gastos de envío, se sirve a 60 francos. Pedidos a «CENIT», 4, rue Belfort, Toulouse (Haute-Garonne).

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA
Y LITERATURA

Comisión de Redacción: José Peirats, Juan Ferrer, Federica Montseny.

Administrador: F. Montseny, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire, C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año III

Toulouse, febrero 1953

N.º 26

EL ANARQUISMO *y lo que no lo es*

TODO lo que es intimidad, limpieza de ánimo, negación rotunda de colaborar en tareas llamativas y espectaculares, es anarquismo. Todo lo superficial y exterior, todo lo ruidoso y gesticulante, por el contrario, está muy lejos de ser anarquista. Aunque esto último sea llamado anarquismo y haya quien niegue que aquello lo sea, no es posible la menor duda: lo primero está atravesado de inquietud acrática, henchido de sustancia acrática; lo otro no es más que vana palabrería.

Entre un grito y un pensamiento, la elección no es dudosa: encierra muchas más posibilidades de ser anarquista el pensamiento que el grito. Este, a lo sumo, podrá ser rebelde, pero no anarquista, que es cosa muy distinta. La confusión entre rebeldía y anarquismo ha llegado a un extremo rayano en lo inverosímil, más aún que en lo absurdo. Se puede ser anarquista y rebelde, pero la rebeldía por sí no es obligadamente anarquista. En general, casi todos los tiranos han sido grandes rebeldes. El grito, en último análisis, no es más que un desahogo. Y esto no basta. Para ser anarquista hace falta pensar. El grito es fácil, el pensamiento difícil. Ser anarquista no es una cosa fácil.

La grosería es algo reñido en absoluto con el anarquismo. Cuando advertimos que un hombre es grosero, ya estamos seguros de que no es anarquista. Podrá, acaso, llamarse tal, pero no lo es. Quien no tiene limpio su ánimo de una cosa tan fea, mal puede vislumbrar los matices delicados de un ideal cualquiera. Mucho menos del ideal anarquista, cuya base más honda es, ciertamente, de esencia delicada.

Es necesario, sin duda, que los anarquistas sean cultos, pero lo primero, en el anarquista, es la independencia. En el fondo de toda persona independiente se encontrará siempre un anarquista. Aun que esta persona no lo crea ni esté de ello enterada. Si después de independiente se es culto, tanto mejor. Pero lo principal, no importa insistir, es la independencia.

¿Cuántos hombres de los que se llaman anarquistas son independientes? ¿Cuántos lo son sin llamarse anarquistas? Averiguar esto proporcionaría innumerables sorpresas. Toda limitación es errónea. Cercar un campo caprichosamente

equivale a negar importancia a quien puede valer más que los que, poco reflexivos, se aprestan a la tarea de alzar el cerco.

Todo libro que posea la cualidad de aumentar el caudal de sensibilidad humana, es un libro anarquista. Aunque en sus páginas la palabra anarquía no haya sido escrita ni una sola vez. En cambio, los libros secos, ásperos, fríos, ayunos de cordialidad, no importa que en cada una de sus líneas se lea la palabra anarquía, ni supuestas afirmaciones de anarquismo: en realidad, libros así no son anarquistas. Lo mismo que con los libros con las palabras, con los hechos, con las acciones. Lo insensible no es nunca anarquista, aunque se lo llame. Sin llamárselo, lo que ostenta riqueza de sensibilidad, sí lo es.

El anarquismo más valioso estará siempre descontento de lo que haya en su contorno.

Aspirará continuamente a que los hombres y las cosas adquieran una superioridad mayor de la que posean. La anarquía estará perennemente, para este anarquismo, en el porvenir. Aun después de vivir acráticamente, ese anarquismo juzgará que su ideal no se ha realizado.

Más allá todavía; más hondo; más dentro. En su fuero interno, el anarquista que sostiene ese concepto del anarquismo vive ya, ahora, hasta cuanto es posible, de modo acrático.

Como el anarquismo se propone emancipar económicamente al proletariado, y en el terreno de libertar a todos los hombres, aunque muy reducido número de éstos se preocupen de ser libres, su mayor contingente de partidarios ha salido de entre los trabajadores. Algunos de los cuales han esgrimido el anarquismo como una teoría particularista y limitada. Error máximo.

Cuando las masas proletarias obedecen las imposiciones —gustosamente admitidas— de caudillos que las sugestionan; cuando obran guiadas por frases y no por ideas, por palabrería superficial y no por meditación de teorías revolucionarias, por halago a sus instintos más bajos y no por impulso propio, aunque también fuese instintivo, por elogio a sus más feas y ruines pasiones y no por virtud de una convicción personal; guiadas, en fin, por factores que carecen de influencia libertadora, que no tienen ningún ger-

men de grandeza ni de independencia individual, lo cierto es que están tan alejadas del anarquismo, como su adversaria, la burguesía.

Si los proletarios, en efecto, no saben elevarse por encima de su adversaria, la burguesía, ni en ética, ni en sensibilidad, ni en limpieza de ánimo, el anarquismo les es tan ajeno como a ésta. Si la idea de independencia, de libertad, de ser cada uno *un hombre*, que es lo que más interesa al anarquismo, no les preocupa, ni les inquieta, ni les desazona, claro es que no tienen ninguna relación con el anarquismo.

Ciertamente, el anarquismo no es accesible a las masas dirigibles ni a sus dirigentes. Solamente a algunas individualidades, que entonces dejan de ser materia propicia para masa dirigible o para dirigentes de masas, se elevan lo suficiente para alcanzar la comprensión de ese ideal, el más renovador de todos. Los mandarines de multitudes, las multitudes mismas cuando sus luchas son mezquinas, viven tan lejos del anarquismo como los propios defensores y sostenedores de los regímenes burgueses.

El anarquismo, por otra parte, es siempre el ideal de mañana. Lleva en sí todos los elementos creadores del porvenir y, en el porvenir, llevará aún los de un futuro más lejano, y así siempre. Es su destino, magnífico por cierto. El anarquismo, hoy y mañana, no es más que un ideal que se anticipa, que propaga, en un medio hostil, formas de vida que vendrán más tarde.

En la concepción deísta del mundo, el hombre no es más que una máquina. Un creador le ha hecho, él le hace funcionar, y él, cuando quiera, puede destruirlo.

Se creyó en un tiempo, ya pasado, que Darwin había venido, con sus teorías, a modificar esta concepción. Algunos biólogos modernos dirigen a las teorías darwinistas reproches fundamentales; afirman que no son, en efecto, otra cosa que la comprobación, en lo principal, de la concepción deísta. El hombre, en las teorías de Darwin, continúa siendo una máquina. Si no es más que una máquina, alguien ha debido construirla, alguien debe ponerla en marcha. Las máquinas no nacen ni andan solas.

Sabido es que ha habido filósofos para quienes el hombre es una especie de reloj. Tenían que cambiarse algunas ruedecillas—las de la maldad—por otras. Un relojero invisible iba arreglando estos desperfectos.

Muchos hombres de nuestro tiempo, hombres excelentes que se llaman revolucionarios, consideran también al hombre como si fuera una máquina. Y en lugar del creador de la concepción deísta, del maquinista que los biólogos echan de menos en las teorías de Darwin, del relojero invisible de ciertos filósofos, han colocado a la revolución. La revolución salvará al hombre; la revolución le dirigirá. Es también la revolución, según estos hombres, una cosa omnipotente, invisible, capaz por sí sola de todas las transformaciones.

No estará de más meditar acerca de esas curiosas semejanzas. La revolución, en verdad, no puede ser un salvador. Será, cuando se haga, hija de los hombres. Y de lo que los hombres pongan en ella dependerá su fruto.

Como muchos hombres necesitan la excitación de fuera para lanzarse a cualquier empresa, vigilemos con cautela nuestra capacidad de admiración. No pocas veces tendremos que confesar haber sido víctimas de engaño. No cabe duda de la superficialidad de toda empresa acometida por causas externas. Toda obra que no se emprende por impulso espontáneo, cuyas raíces finquen en lo íntimo, adolece de falsedad. Podrá deslumbrar, en sus comienzos, como todas las cosas histriónicas; pero cuando se esfume el brillo primerizo aparecerá su vaciedad total. Si nos entregamos, ganados por la apariencia, el desengaño postrero nos herirá de modo seguro.

Guardemos, como cosa de rango que es, la capacidad de admiración de que seamos poseedores. No la malgastemos en la primera ocasión que se nos aparezca propicia. Antes bien, procuremos comprobar si verdaderamente es propicia.

Se han creado muchos ídolos de este modo, y eran ídolos de barro, cuando no de materia menos valedera aún: La admiración sin medida ha llenado la historia de santos y sabios que no poseían realmente ningún saber ni bondad. Obraron por excitaciones externas, ciertamente luminosas en apariencia. Y se esforzaron, contra su naturaleza, por conservar su actitud ficticia. Una mirada certera habría bastado para descubrir todo el enredo. Pero los hombres que admiran no pueden mirar tan seguramente.

Admirar es cualidad señalada, pero no cuando se hace entrega de ella sin previo conocimiento de lo admirado. Se ha prescindido demasiado de este conocimiento, y por cada empresa emocionada que ha despertado admiración, millares de hechos superficiales han gozado del mismo privilegio. El histrión se ha codeado así con el hombre cuyo corazón ardía, y la confusión ha ocasionado a las mejores criaturas dolor sin medida ni consuelo.

Antes de entregarnos al entusiasmo, procuremos descubrir si no vamos a poner cualidad tan alta en cosa que no la merezca. No la merece nada que sea externo, de fuera. Si aquello que nazca de lo íntimo, que hasta en los peores casos es manantial admirable.

No en todas las cosas se puede poner la claridad que para ellas se desea. Hay muchos problemas oscuros en los que todos los esfuerzos por adentrarse son vanos.

Ocorre muchas veces que estamos tratando a una persona durante mucho tiempo. Creemos conocerla. De pronto, algo imprevisto la empuja en una dirección absurda o, por lo menos, que así nos lo parece. Sabemos cómo era aquella persona hasta entonces; no sabemos cómo es desde aquel momento. El impulso que ha surgido en ella estaba latente en su ser. Sin embargo, no lo habíamos visto. Esta persona era un problema que nos parecía claro, pero en el que ha surgido una oscuridad inesperada.

Sólo dicen muy claramente las cosas aquellos que tienen poco que decir. O sea, sólo es claro el pensamiento que se refiere a cosas muy conocidas. El hombre que escruta e indaga verdades todavía oscuras, no puede de ningún modo ofrecer claridad lograda en su expresión.

Cuando en las verdades antes admitidas se encuentran particularidades inconsistentes, fácilmente pueden señalarse. Indicar las verdades más acabadas que puedan sustituir a lo no cierto, es tarea de investigación, de tanteo, de ensayo, de meditación y de reflexión; penosa tarea, que no siempre da resultados suficientemente claros.

Quien pide claridad a toda costa se coloca en actitud poco progresiva, puesto que la claridad sólo es dable en lo ya conocido y nunca por completo en lo que se halla en período de investigación. Cualquier mente atenta puede señalar los errores visibles, pero casi ninguna acierta a ofrecer claridad completa en lo que haya de sustituir al error. Una afirmación rotunda sería, sin duda, un nuevo error. Se trata de estudiar, de permanecer atento, hasta vislumbrar, entre tanteos, algo que posea la mayor suma de verdad, aunque no sea muy clara, porque ninguna verdad lo es en el tiempo en que se formula.

Siempre que oímos el elogio de alguna persona que pasa por virtuosa, sentimos grandes deseos de interrumpir la loa y preguntar: ¿Ha sido puesta a prueba esa persona?

Nadie es firme mientras no es sometido a prueba. La mayoría de las gentes que se pregonan enemigas del dinero, por ejemplo, es porque no han tenido nunca cantidad respetable de monedas. En cuanto, por cualquier medio, reúnen un pequeño capital, tórnase los defensores más fervorosos de aquello que, al parecer, despreciaban. Si cuando pregonaban su animadversión se les hubiera sometido a prueba, se habría descubierto que no poseían la virtud de que alardeaban; que era una virtud aparente.

Lo mismo que con el dinero ocurre con todas las cosas. Muchos de los enemigos de un fin de aspectos de la vida humana, lo son nada más que teóricamente; su animadver-

sión toma, en las apariencias, la forma de virtud y por virtud pasa. Pero si esos hombres fuesen sometidos a prueba, se advertiría, sin tardanza, su cambio total, completo, de parecer. Su supuesta virtud no es más que una reacción contra lo que apetecen y no tienen. En cuanto entran en posesión de ello, sea lo que fuere, ya se acabó su actitud despectiva, de enemigos.

Fácil nos sería citar ejemplos de este fenómeno. No es preciso. Siempre que oigáis a alguien despotricar contra esto o aquello, desnudad sus palabras para descubrir el verdadero significado de ellas; para ver si detrás de ellas se esconde un sentimiento íntimo e insobornable, que es la virtud real, o un deseo disfrazado, que es la virtud simulada, dañina, como toda cosa superficial y no sentida.

Acerca de lo que se ha dado en llamar literatura de ideas, circulan unos tópicos funestos en todas las agrupaciones humanas, hasta en las que se precian de abiertas a las más variadas corrientes del pensamiento.

Un folleto insignificante, por ejemplo, con tal de que hable de las soluciones que preconizamos, nos parece admirable, aunque sea anodino, torpe y ayuno de toda gracia. En cambio, una obra buena, bella y bien hecha, si no dice en ninguna de sus páginas algo de esas soluciones, la juzgamos innecesaria, con tono un tanto despectivo.

Una novela de autor que no pertenezca al cercadito en que nos hallemos metidos, por grande que este autor sea y por bella que sea su novela, no la juzgamos cosa que valga la pena, ni, por lo tanto, literatura de ideas. Pueden circular, sin embargo, por las páginas de esta novela, enorme cantidad de ideas, y ser éstas densas, profundas y significativas.

Para muchos hombres, literatura de ideas es la que habla de su particular interpretación de los problemas, por inferior que sea el escrito en que ello se haga.

Que es equivocado ese criterio, nos parece evidente. Las obras más densas en ideas tienen amplitud mucho mayor. El estudio minucioso de un carácter, ejemplo excelente de la buena literatura de ideas, no tiene nada que ver con ninguna doctrina política ni social.

Desde el punto de vista de ese tópico limitado acerca de la literatura de ideas, las más grandes obras literarias, fehacientes pruebas de la verdadera literatura de ideas, tendrían que ser colocadas en el índice, al modo que se hizo en la Edad Media con los libros que se llamaron herejes.

Un hombre que se diga abierto a todas las corrientes del pensamiento, debe tener una idea más amplia respecto a ese asunto, como respecto a todos. Y debe ponderar lo que haya de valía en un folleto, pero también lo más importante que suele encontrarse en los libros que no hablan de sus particulares opiniones sobre los problemas políticos, sociales y morales, pero que son excelentes obras en las que es fácil advertir inagotables manantiales de ideas.

Hace algunos años, el sindicalismo realizó movimientos de distinto carácter y naturaleza. Particularmente luchas de índole económica, no pasaba semana sin que planteara, aquí o allá, alguna más o menos enconada, más o menos desahogada.

La mayoría de los sindicatos que intervinieron en estas luchas, lo hicieron por un interés puramente material, sin saber nada de futuras transformaciones sociales. Hubo, sí, en ellos, un espíritu de solidaridad latente en que surgía de vez en vez en esas luchas que cada día se planteaban; había también un deseo de mejoramiento económico que los tiempos iban imponiendo y que, por no saberlo encauzar, acabó en una lucha nada fundamental, repetida cada dos meses. Porque a medida que subía el precio de la mano de obra, subía el de las subsistencias, el de los alquileres, el de los más pequeños objetos, y así, en breve tiempo, el jornal mayor representaba lo que poco antes el más pequeño, y tenía que comenzar de nuevo la misma lucha sostenida poco antes. Se gastaban todas las

energías sin lograr salir de este círculo de hierro, y aunque se nos dijera que esto significaba una gimnasia revolucionaria, de poco o de nada sirve esta gimnasia, si, demasiado preocupados del mejoramiento parcial, se olvida, como ocurrió, que mientras exista la propiedad individual la situación económica del trabajador no cambiará, y que en tanto la autoridad no desaparezca, la libertad será un mito. Faltó el conocimiento de estas cosas, en absoluto, y se hubiera querido que los hombres se capacitaran para realizar una transformación, se habría aprovechado el ambiente de solidaridad en que, sin percatarse, se desenvolvían, solamente estimulados por un interés material, y se les habría enseñado la necesidad que tienen ellos mismos, más que nadie, de que el sindicalismo atendiera, con más interés del que ponía en las luchas de cada día, al objetivo superior de la transformación; que había que ir transformando los cerebros de los hombres, capacitándolos para la vida libre, porque hay que tener muy en cuenta que para relizar una transformación profunda en la sociedad, antes es preciso que se hayan transformado los hombres.

Una revolución sin que se hayan transformado los cerebros, no solucionará ningún problema. Si se hace por cualquier circunstancia—hambre, desesperación—un intento revolucionario, con hombres ignorantes de lo que se persigue, los resultados de este intento no serán, y esto no cabe dudarlo, emancipadores.

El concepto que tienen muchas personas de la convicción—concepto que hasta se atreven a recomendar—es totalmente inadmisibile. La inmovilidad de una piedra sería el símbolo más perfecto de tal convicción. Si se pensara un poco en que las piedras, por sí solas, no hacen nada, en que necesitan la mano del hombre para ser útiles, el pensamiento de que hombres, con una convicción de semejante naturaleza, necesitarían jefes que los guiaran, se aparecería sin tardanza.

Ciertamente, el hombre que no airee cada día su convicción, oponiéndole dudas y trabajando para vencerlas, es un hombre que no vale para gran cosa. Necesita, como las piedras, alguien que le guíe, una acción exterior que le obligue a tomar un camino.

La convicción de ayer debe ser renovada hoy, y la de hoy, mañana. So pena de encerrar el pensamiento y de inmovilizarlo, no es posible otra actitud; y un pensamiento inmovilizado o encerrado no es concebible; sólo se consigue una convicción de piedra siendo como las piedras, es decir, no pensando.

Todas las organizaciones obreras, quizás todas las organizaciones, sean del carácter que fueren, a medida que aumentan sus componentes, al propio tiempo que se hacen numerosas y, como numerosas, grandes, siquiera sea en este aspecto, tómanse también conservadoras. Generalmente, las organizaciones obreras de todos los países han sido en sus comienzos revolucionarias. Uno, cuantos hombres que sintieron más que sus contemporáneos la inquietud por transformar el medio en que vivían, se asociaron buscando ayuda y prestándola. La mutua inquietud les animaba y sostenía. Vinieron nuevos tiempos, y lo que en ellos fué principalmente ideal, fué para los demás hombres necesidad. La asociación empieza entonces a ser numerosa. Empieza también a esfumarse el ideal. Una interpretación materialista, un poco simplista y un poco grosera, así como también equivocada de las luchas, pero que halaga las más bajas pasiones de la muchedumbre, finca en el seno de las organizaciones. Y, debido a ella, los hombres que llevan en sí un mandarín, se erigen en caudillos, saben ganarse el aplauso y la aquiescencia de las mayorías. De un modo natural, entonces, el revolucionarismo desaparece. La organización llega a ser grande, mejor dicho, numerosa; pero empieza en seguida a ir hacia atrás; se torna rápidamente conservadora. Los ejemplos de este fenómeno forman legión. Cuando esto ocurre, grupos de hombres disconformes con los de

rróteros antirrevolucionarios de las organizaciones, forman nuevas sociedades. Es natural. Se vuelve a lo antiguo, al puro concepto primitivo. Convendría tener presente en todo momento la realidad de este círculo para saltarlo. Sólo puede saltarse evitando que sea nuevamente sacrificado el ideal en holocausto a una suprema grandeza de la organización, consistente nada más que en ser muy numerosa.

Nada nos da una sensación más clara de lo limitados que son algunos hombres, que las lecturas por las que especialmente sienten inclinación.

Un lector de toda clase de libros, por impulso espontáneo, no es frecuente. Antes bien, abunda en esto, más que en cualquier otra cosa, el especialista. El lector de novelas no quiere trato con libros que no sean de ficción, y el aficionado a las lecturas filosóficas suele mirar despectivamente todo libro novelesco.

Aun entre los que se dedican preferentemente a un solo género de lectura, la limitación es extraordinaria. Quién prefiere la novela erótica, quién la social, quién la puramente literaria. Lectores de novelas, todos, se hallan entre sí muy distantes, aunque presos en estrecha y limitada cárcel.

La preferencia por la novela erótica es prueba evidente de inferioridad sin remedio. El gusto exclusivo por la ficción de índole social significa, de modo manifiesto, una desesperante limitación. Saborear solamente las creaciones novelescas literarias aísla de un sin fin de problemas que en ellas no se rozan siquiera.

Preferir de entre todas las que tengan rango duradero, es mucho más abierto. Y poner más altas aún, en la preferencia, las creaciones votadas para la inmortalidad, que sin duda no pertenecen exclusivamente a ningún género determinado, porque todo género es una limitación, es más abierto todavía. Pero no hay cuidado de que el lector especialista sepa andar de un modo tan suelto. No puede ni sabe desenvolverse nada más que en su limitación.

Señaladamente, entre los hombres que prefieren los estudios sociológicos, el furor contra toda otra clase de lectura llega a su colmo. Apartan de sí con un gesto absurdo cualquier novela. Un libro de filosofía es mirado por ellos como algo inútil. Con actitud de suficiencia, condenan lo que no comprenden. Como si el no comprender fuese mérito.

Formar una biblioteca en que haya libros de los géneros más diversos, es empresa que pocos hombres acometen. Hay en esta actitud, además de la limitación, evidente, algo parecido al miedo, a saber: gustar de toda clase de lecturas, llena la mente de dudas, que son manadero de inquietud, y los hombres prefieren creer sin dudas, que no ocasiona zozobras.

Algunas actuaciones proletarias de los antiguos tiempos, de fuerza, no revolucionarias, nacidas de la lucha de clases, entendida torpemente, han dado lugar a una falsa leyenda de revolucionarismo. Como al mismo tiempo que este supuesto revolucionarismo se ha acentuado la preferencia hacia normas reformistas, parece que existe una tremenda contradicción entre ambas actuaciones. La táctica reformista adoptada en todas las luchas recientes, es decir, en las luchas entabladas al propio tiempo que aquellas actuaciones de fuerza, llena de confusión a los que se acercan estudio-

so al problema. La confusión nace de haber tomado por revolucionarias, sin que lo fueran, las tales actuaciones de fuerza. En efecto, si se observan y estudian las dos tácticas, en lo hondo de su significado, se advierte en seguida que la contradicción es sólo aparente. Tanto en el aspecto reformista de las luchas, como en el de la fuerza desencadenada por el odio de clases, se nota un origen común. Se van hacia el reformismo porque empiezan a admitirse las concepciones gubernamentales, y se pone en juego la fuerza porque se cree en la coacción, en la imposición, en la autoridad. Una y otra táctica obedecen a una finalidad autoritaria y tienen origen autoritario. Tal es la realidad.

¡Dichosos tiempos aquellos en los que no haya conferenciante! Hémos aquí en un pueblo campesino. El problema agrario está en este pueblo agudizado. Llega un conferenciante, enviado ex profeso para dar una lección a los más directamente interesados en el vivo problema. Naturalmente, todos esperan que se les diga la solución que se supone más factible, cuando se realice ésta o aquella transformación, para el problema de la tierra: colectivismo, comunismo, o lo que sea. El conferenciante sube a una mesa colocada en un extremo del gran salón. Es un hombre que no ha estado nunca en el campo. No sabe ni siquiera lo que es una mata de trigo. Habla largamente del amor libre, del naturismo, de los problemas sindicales y otro sin fin de cosas que no tienen ninguna relación con el problema de la tierra. Este mismo conferenciante, en la ciudad, hablaría del problema agrario. Es la manera de que nadie se dé cuenta de su ignorancia.

Todos quieren admitir que la conferencia tiene un gran interés, pero no lo logran. Se aburren sin poderlo remediar. Inconscientemente, se dan cuenta de que todos los problemas de que les habla aquel hombre son secundarios, terriblemente secundarios; problemas que, una vez resuelto el de la tierra, quedarían resueltos al propio tiempo. El único que no se percató de la superficialidad de su discurso, es el orador, que, ufano, con cierta vanidad, mira a la multitud, que le escucha, como un profesor a sus discípulos. No puede sentir otra cosa que vanidad, claro está, o sea una satisfacción externa, sin rango, sin valía, inferior.

Termina la conferencia, y los campesinos salen en grupo. Es noche de luna. En una plazoleta, unas niñas, en coro, cantan la linda letrilla popular que dice:

*«Quisiera ser tan alta
como la Luna...»*

Aquella apetencia de altura que sale de los tiernos labios de las niñas, llena de encanto las mentes de los campesinos, que olvidan la conferencia y al conferenciante, un hombre absurdo que les ha estado hablando más de una hora de temas secundarios. Y todos se sienten gozosos de que acabe su aburrimiento por virtud de una bella letrilla, entonada por blandas voces infantiles.

¡Dichosos tiempos aquellos, sí, en los que no haya conferenciante!

DIONYSIOS



CONSIDERACIONES

SOBRE LA TOLERANCIA

ANARQUISMO Y TOLERANCIA



RECUERDO una conversación que tuve, hace ya algunos años, con un joven compañero italiano. Me hizo éste una exposición del anarquismo, de su anarquismo. Al terminar su exposición le manifesté que todo lo expuesto lo encontraba muy bien, pero que encontraba a faltar alguna cosa que me parecía indudablemente de una cierta importancia: la libertad.

—La libertad—me respondió—tal como la queremos nosotros, es nuestra libertad, la libertad del movimiento anarquista, no la libertad de nuestros adversarios.

Como no podíamos ponernos de acuerdo sobre este punto, acabó él por situarme entre los adversarios, de tal suerte que por respeto a mi propia libertad no podía esperar nada de su anarquismo.

La libertad es siempre la libertad de los otros, de lo contrario no se distingue de la dictadura. Lo que distingue la dictadura de una forma de gobierno moderado, es precisamente la libertad completa que reclama aquélla para sí misma. Una dictadura anarquista—permítaseme por el momento esta expresión—sería la peor de las dictaduras, porque sería la dictadura libre y desenfrenada.

Si aceptamos la libertad como principio central de la idea anarquista—como no queramos interpretar la libertad a la manera dictatorial—aceptaremos igualmente que el anarquismo significa tolerancia ante todo.

Al igual que el joven compañero italiano los anarquistas han olvidado la importancia de la tolerancia en ciertas circunstancias. Pero todos los anarquistas conscientes de sus ideas, y sobre todo los grandes espíritus del anarquismo, cuyos nombres dejamos sobreentendidos, han predicado y practicado la tolerancia.

Es por ella que se distinguía el socialismo libertario del socialismo autoritario. Las demás divergencias eran de segundo orden y en el fondo de poca importancia. Una sociedad intolerante no es superior al Estado. Sin espíritu de tolerancia el federalismo es imposible.

En una carta dirigida a Carlos Marx, Proudhon formuló admirablemente la diferencia esencial que separaba a ambos teóricos y que separó más tarde las dos grandes corrientes del socialismo: «... no debemos convertirnos en jefes de una nueva intolerancia ni en apóstoles de una nueva religión, sea ésta la religión de la lógica o de la razón. Acojamos y demos impulso a todas las protestas, despreciemos todos los exclusivismos, todos los misticismos, no dando nunca por agotada una cuestión, y cuando hayamos expuesto nuestro último argumento, emprendámosla, si es necesario, con la elocuencia y con la ironía. Bajo esta condición ingresaría con mucho gusto en vuestra asociación, sino, no.»

Kropotkin, que era menos filósofo y más doctrinario que Proudhon, situó el espíritu de tolerancia, que le era propio por naturaleza, por encima de su doctrina. La ciencia, su ciencia, le hacía ver el comunismo como la única solución para los problemas sociales. Y sin embargo, no concebía el sistema comunista sino bajo condición de que fuese libremente consentido. Y hubiese preferido no importa qué sistema económico individual a un comunismo impuesto.

Encontramos en Kropotkin esta extraña contradicción: que, según él, es necesario el comunismo para llegar a la libertad, y que es necesario practicar la libertad para llegar al comunismo. Ambas afirmaciones son contradictorias a pesar de Kropotkin.

Si el comunismo es la condición necesaria para la libertad hay que procurar llegar a ella sin vacilación, y cualquier aplazamiento de la libertad para los demás no sería más que un aplazamiento de la libertad. Si la práctica de la libertad y de la tolerancia es posible antes de llegar al comunismo, éste no es su única condición.

La tolerancia es siempre la enemiga de las utopías, es decir, de los sistemas cerrados. Los anarquistas no podremos prescindir nunca de las utopías, puesto que la voluntad social de ser eficaces dentro de la realidad tiene necesidad de forjar sus aspiraciones mediante imágenes concretas y visibles. Pero al mismo tiempo, el anarquista lleva consigo el freno de la conciencia libertaria, es decir, tolerante, que le impide encaminarse hacia una finalidad determinada cueste lo que cueste. Siendo así que la marcha del anarquismo hacia su objetivo semeja al trabajo desesperado de Sísifo.

Se puede llamar a esto la tragedia del anarquismo. En el fondo se trata de la tragedia de la vida humana, y el anarquismo se acerca más a la realidad de la vida que cualquier otra doctrina social.

Según mi criterio, todo ensayo de filosofía anarquista debería empezar por el principio de la tolerancia, estimado por Proudhon como más importante que la lógica y la misma razón; un principio que nos molesta siempre, que olvidamos algunas veces y que nunca podremos negar sin negarnos a nosotros mismos. Sin la tolerancia el anarquismo no significa nada.

Distingamos, para ver claro, dos clases de tolerancia. Hablemos de una tolerancia negativa y de una tolerancia de valor positivo. La primera nace de la debilidad y de la indiferencia. Yo tolero a mi enemigo si no me siento capaz para suprimirlo. Así obran las iglesias, las naciones, los imperialismos, los partidos en casos de equilibrio entre las fuerzas. Los católicos toleran a los protestantes y a los laicos donde no se sienten lo suficiente fuertes para declararles la guerra. Lo mismo hacen los protestantes ortodoxos y cuantos no conciben la salud sino en el seno de su ige-

sia o secta. Son, pues, intolerantes por principio, tolerantes algunas veces por necesidad.

Si soy indiferente con los problemas religiosos estaré dispuesto a tolerarlos todos. «Dad al César lo que es del César», dijo Jesús a los provocadores que pedían su consejo sobre si debían o no pagar sus contribuciones. Lo dijo él de corazón porque la política de los judíos y de los romanos, y sus medios económicos, le eran indiferentes. Por otra parte, el hombre político que fué Poncio Pilatos, toleró la ejecución de Jesús porque la cuestión espiritual que separaba a Cristo de los fariseos no le afectaba en nada. («¿Qué es la verdad?»). Jesús era tan escéptico como Pilatos. El primero, hombre espiritual, lo fué ante la realidad; el segundo, hombre realista, lo fué ante lo inmaterial. Hay tanta incompreensión como desdén en esta especie de tolerancia que llega a tolerar el crimen. Entre la actitud de Jesús y la de Pilatos hay, sin embargo, la misma diferencia que entre quien, siendo espiritual, comprende toda la realidad y desdeña sus aspectos exteriores, y el que no ve más que los aspectos exteriores y desdeña lo esencial de la realidad.

Como actitud voluntaria, consciente y positiva, la tolerancia parece a simple vista un absurdo. Si estoy convencido de tal o cual idea, si soy socialista, cristiano, católico, comunista, anarquista, etc., ¿por qué dejaré en paz a quienes, según mi convicción, piensan y actúan de una manera errónea, que por sus falsas ideas impiden a los hombres de encontrar el camino que yo tengo como justo? Tolerarles, ¿no será acaso cometer un crimen contra la humanidad o una cobardía por lo menos? La tolerancia ante el error, ¿no es acaso, en todos sus extremos, una posición de indiferencia disimulada o de debilidad?

Si el anarquismo fuese esto, negaría por sí mismo uno de sus valores esenciales.

¿QUE ES LA VERDAD?

Si por impulso espontáneo tiendo a la intolerancia, al preguntarme por qué, mi pregunta no puede ser otra que la de Poncio Pilatos. Para encontrar una respuesta empiezo por buscar la verdad, y no la encuentro por parte alguna. Encuentro una infinidad de cosas que son veraces o falsas, justas o erróneas. Son verdaderas o falsas a condición de que exista un modelo de lo falso y de lo verdadero, una medida por la cual sea capaz de distinguir la verdad de la falsedad. La medida apropiada de la libertad no la encuentro por ninguna parte. Sin embargo, no puedo negar su existencia puesto que no me es posible ver ni conocer todas las cosas del mundo sino por mediación de ella. La verdad reside en mí, es completamente espontánea, no racional, puesto que la actividad de la razón es imposible sin ella. La verdad es completamente subjetiva porque existe solamente en mí. Ni fija ni estable, se transforma diariamente como mi propio cuerpo, sujeto también a transformación permanente. Lo que el año pasado me parecía verdadero, hoy me parece erróneo y pernicioso. Mañana será todavía diferente, y cuando muera, esta verdad dejará de existir también. La medida varía de individuo a individuo. La verdad de unos es el error de los otros. No llegamos a ponernos de acuerdo sobre las más simples cuestiones. Nadie es capaz de prescindir de su subjetividad para descubrir y determinar la verdad objetiva llamada a unificar el mundo. Algunos hombres creen, o pretenden, tener la verdad objetiva en su mano. Son los enemigos de la libertad porque falsean su verdad subjetiva y personal en verdad objetiva y absoluta. Mediante este error o superchería llegan algunas veces a unificar una parte del mundo, es decir, por la tiranía.

Niego, pues, la existencia de la verdad objetiva y me veo debatiéndome en un dedalo de contradicciones. Hablando del error o de la superchería de quien falsea su verdad subjetiva presupongo la medida de la verdad absoluta. Lo

falso no puede ser constatado sino por contraste con lo verdadero. Lo más curioso es que nadie puede prescindir de la noción de una verdad objetiva sin caer en el absurdo. ¿Dónde reside, pues, esta verdad objetiva? Fuera de mí no la encuentro en parte alguna, y como no poseo capacidad suficiente para distinguir lo verdadero de lo falso objetivamente hablando, no la encuentro tampoco en el seno de mí mismo. He aquí la tragedia de la vida a que hemos hecho referencia más arriba. Buscándola por donde no existe la encontramos sin sospecharlo. La medida por la cual reconozco mis conocimientos como parciales o relativos, mis puntos de vista como subjetivos y personales: he aquí la verdad objetiva.

Con la verdad objetiva tenemos en nuestras manos no una idea nueva sino un valor que modificará nuestras ideas en el sentido de la libertad, de la tolerancia. He aquí la verdad, la sola que puede unificar el mundo conservando al mismo tiempo la diversidad que le es propia.

Una razón suprema me dice que la verdad se halla siempre más allá de mis conocimientos, de mis sentimientos y de mi pensamiento, de mis amores y de mis odios, de mis dolores y de mis gozos. Daríale voluntariamente el nombre de Dios si los falsarios de todas las religiones no hubiesen degradado a Dios a la condición de tirano, por medio del cual quieren imponernos sus mezquinas opiniones.

Poseemos la verdad y no la poseemos al mismo tiempo. No la poseemos si creemos poseerla. Si interpretamos como verdad objetiva lo que no es más que apariencia caemos en el error. Estamos siempre en el error si creemos objetivamente verdadero un dogma religioso, una ley científica, una teoría económica o social. Cada verdad que me satisface y que propaga con el fanatismo de un Dios sapiente, es un error. La verdad reside en la conciencia del verdadero científico que sabe que sus investigaciones no tienen fin y son siempre relativas; reside en el verdadero místico capaz de darse cuenta de que Dios está siempre por encima de sus nociones; está en el rebelde que evita el fanatismo exclusivo por la *ironía dulce y santa* de que habla Proudhon, y que representa la garantía de la tolerancia.

LA VERDAD POR LA COMUNICACION RECIPROCA

Así, pues, la tolerancia no es ya una actitud negativa de debilidad o de indiferencia; es el sólo medio de salida del error en que se cae constantemente por exclusivismo personal. Tratándose de un valor positivo, la palabra tolerancia ha sido mal escogida. (La conservamos por costumbre). No se trata de tolerar un error, lo cual sería absurdo; se trata de descubrir la verdad en el error ajeno y el error en la verdad de uno mismo, lo que implica la más elevada capacidad de razón.

Según la opinión de todos los teóricos anarquistas, se trata de conseguir un máximo de justicia social a cambio de un máximo de intercambio mutuo entre los individuos y los grupos sociales. Filósofos modernos como Karl Jaspers y Martin Buber afirman análogamente que por un máximo de comunicación entre las ideas personales se llega a un máximo de verdad. Ambas afirmaciones dicen en el fondo la misma cosa. El intercambio material no tiene ninguna relación con la justicia si no expresa al mismo tiempo un valor espiritual, pues al mismo tiempo el espíritu no existe separado de lo material. El intercambio económico que no es mutualismo espiritual es simple mercadeo. La comunicación espiritual que no comporta frutos económicos y sociales es simple charlatanería.

Ambas afirmaciones expresan que en nuestro movedizo mundo la verdad, como la justicia, se hallan frecuentemente en equívoco. Se trata de caminos a seguir que dejan de existir en el momento en que se creen perfectos. Ante la verdad final la libertad carecería de sentido.

LOS LIMITES DE LA TOLERANCIA

¿Habrá, pues, que imitar a Poncio Pilatos, abdicando por tolerancia ante el crimen y la injusticia? Contesto que Pilatos fué tolerante por indiferencia y su tolerancia tuvo toda la apariencia de un interés. Del mismo modo la intolerancia por debilidad marcha acorde con el fortalecimiento del Poder.

Quien es tolerante en nombre de la verdad suprema, por necesidad de comunicación, tropezará en el límite máximo del cual la comunicación le será imposible. La justicia reclama comunicación y tolerancia, pero invita también a la lucha. El mismo espíritu de tolerancia, no siendo de indiferencia y de debilidad, reclama el combate contra la intolerancia y establece así su propio límite.

Tratándose de leyes dogmáticas, fijar el límite sería desconocer el problema. De hacerlo así, se desvalorizaría completamente. La tolerancia positiva cesa con la comunicación espiritual. La comunicación no se deja violentar en sí misma ni acepta la imposición de los demás. Al igual que el amor y la genialidad artística, la comunicación representa un don de gracia. Pero la gracia favorece solamente a quienes se esfuerzan en obtenerla.

Hablándose y comprendiéndose, aun en la contradicción, nadie se mata. Donde cesa la comunicación no se habla sino el lenguaje mentiroso de la diplomacia. La tolerancia, entonces, no existe ya; la lucha comienza salvo en el caso de que medie la indiferencia y la debilidad. Si la justicia y la tolerancia reclaman el combate, es criminalmente atentatorio a la justicia misma rechazar a la ligera una posibilidad de comunicación; pues en este caso el combate emanaría de la aspiración a la verdad y se transformaría en combate por el poder personal, es decir, por la injusticia. Este es el caso de todas las revoluciones históricas (1).

La tolerancia no excluye la defensa sino que modifica sus

(1) Alguien podría sacar la consecuencia de que los delegados democráticos de la U.N.E.S.C.O. tendrían razón al aceptar a los delegados de España para «dar», como se dice, «una oportunidad a Franco». A ello replico que si la U.N.E.S.C.O. fuese verdaderamente una institución de cultura, es decir, de verdadera comunicación recíproca, estaría de acuerdo con la participación en aquel organismo de cuantos lo desearan. Bienvenidos los delegados de Franco al seno de la sociedad. Se hablaría con toda franqueza de la libertad y de la cultura, obligándoles a rendir cuentas. Al día siguiente se verían obligados a retirarse de ese tribunal del espíritu o, por el contrario, a hacer dimitir a Franco. Pero en realidad la U.N.E.S.C.O. es muy otra cosa. Es una asamblea política en donde se habla el lenguaje mentiroso de la diplomacia. No importa que al lado de los delegados de Checoslovaquia, de Polonia y de Yugoslavia figuren los representantes franquistas.

métodos de combate. Siendo así que la resistencia pasiva conlleva la posibilidad de recuperar la comunicación perdida. La violencia activa excluye esta posibilidad. Cuando hay violencia cada cual se repliega hacia sus mezquinas ideas, modificadas o falsificadas de más en más por el exclusivismo y el uso de la violencia misma.

Para hacer más comprensivo lo que entiendo por límite comunicativo recurriré al ejemplo límite visible para todo el mundo.

La relación entre el sedicente hombre normal y el enfermo mental se caracteriza por una ausencia completa de comunicación entre amigos. El loco cree en la realidad de su mundo con la misma firmeza que cree el hombre normal en la realidad del suyo. Entre ellos no hay discusión posible. No se hablan salvo por medio del lenguaje de la diplomacia médica. Hoy no se condena a la hoguera a los enfermos mentales como poseídos del diablo. Aislados tras los muros del manicomio se le trata lo más humanamente posible. Obvio los casos, todavía numerosos, en que a tales enfermos se les maltrata brutal e inútilmente.

Falta de comunicación, la tolerancia recíproca no existe. Si los locos se unieran entre ellos y fuesen lo suficiente numerosos para enfrentarse con los hombres normales, se produciría la guerra más despiadada. Pero aun en el caso de mi ejemplo, en que la cortina de hierro parece infranqueable, existen pioneros que trabajan en pos de la comunicación perdida. Una psicóloga suiza ha probado recientemente que esto es posible en principio. Se puso en comunicación con una joven, a la que afectaba una esquizofrenia grave, mediante un lenguaje simbólico. Conseguida la comunicación fué posible el tratamiento psíquico que condujo a la cura completa de la paciente.

El mundo de los «normales» se halla dividido no por una cortina de hierro, sino por un número incalculable de ellas, de tal suerte que la guerra amenaza por todas partes. La enfermedad que continuamente las construye y las fortifica por todas partes es el pensamiento totalitario. Este pensamiento se expresa mediante ideologías muy diferentes entre sí. Se encubre con la máscara religiosa o científica, conservadora o revolucionaria. Su raíz espiritual es siempre la misma: objetivación de la verdad subjetiva, y, en lógica consecuencia, rechazo de la comunicación y de la tolerancia.

Si el anarquismo tiene hoy una razón de existencia, no puede ser otra que la de figurar como vanguardia de una corriente libertaria en el sentido más lógico de la palabra. Lo más importante es combatir la raíz del totalitarismo en uno mismo y en las propias filas. Bajo estas condiciones será posible ampliar la irradiación del mutualismo y de la tolerancia, aunque esta tarea parezca más difícil que la cura de un esquizofrénico.

H. KOECHLIN

NUESTRA SECCION LITERARIA

“La Vida y los Libros”

Se insertarán en esta sección mensual literaria críticas sobre aquellas obras que vayan apareciendo, escritas en los idiomas corrientes o traducidas, de las cuales hagan llegar los autores o editores, dos ejemplares gratuitos a la Redacción de CENIT, 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)

LA RAZON DE ESTADO, EL SACRIFICIO EPICO Y LA REACCION SENTIMENTAL



En el momento de escribir estas líneas, de no interponerse la acción de gracia del actual presidente de los EE. UU. o de no aceptar como buena tal hipotética decisión el presidente de turno, general Eisenhower, dentro de breves días, los esposos Rosenberg, acusados de entrega de secretos de Estado a una nación extranjera, serán ejecutados por el procedimiento de la silla eléctrica.

Alrededor del caso Rosenberg se ha suscitado un movimiento de opinión que recuerda el que se produjo entorno a los mártires de Chicago y a los anarquistas Sacco y Vanzetti. El Estado norteamericano se mostró entonces implacable, de una rigidez inhumana, a pesar de que en aquella protesta, de verdadera resonancia internacional, ni intervenían ni mezclábanse factores de partidismo sospechoso, ni se hizo arma política, cual ocurre en la actualidad.

Acabamos de aludir a la intervención del comunismo internacional, que queriendo olvidar las bochornosas circunstancias del reciente proceso de Praga, y de otros procesos anteriores y posteriores recurre a su poderosa máquina de agitación en favor de los condenados de hoy.

La sola toma de posiciones por el comunismo, en éste o en cualquier proceso del que pueda depender la vida de un ciudadano, es casi una garantía de que el condenado está irremisiblemente perdido. Los comunistas lo saben, pero en este caso la vida de un hombre importa poco o nada; lo importante es el mártir en tanto que levadura de fermentación publicitaria.

Pero en la campaña desencadenada en favor de los esposos Rosenberg intervienen sectores no comunistas, sin fines sospechosos de ninguna clase; personalidades religiosas de varias creencias y congregaciones e influyentes sectores de la Prensa de gran circulación; hombres liberales obedientes o independientes de los partidos; los incuestionables humanistas (los sabios Einstein y Urey) y también los anarquistas. A todos estos no les guía ningún propósito oportunista, ni doble intención, táctica o estratégica.

Al parecer, la pieza acusatoria más convincente de la culpabilidad de los Rosenberg es su filiación o simpatía al comunismo. Infinidad de entre los pro-

testatarios se distinguen más bien por su hostilidad hacia esta doctrina y hacia el partido que la representa. No importa, su protesta se produce con completa despreocupación, limpia de toda pasión política. Y a pesar de la intoxicación moral que afecta actualmente al pueblo norteamericano, a pesar de su predisposición contra las actividades comunistas, y pese a la inoportuna mescolanza de las gentes de partido en el movimiento de protesta, está, lejos de amainar, aumenta.

Cuando vean la luz estas líneas estará ya echada la suerte para los Rosenberg. La ejecución, fijada por el juez Kaufman para el 14 de enero, sólo puede ser postergada mediante recurso o apelación de los condenados a la gracia de Truman. No querrá éste poner un broche negro a su gestión y pasará la papeleta a Eisenhower. Pero estamos convencidos de que pedida esta gracia a todo el pueblo de los Estados Unidos, mediante plebiscito público, y de tener que pronunciarse cada ciudadano en presencia de las víctimas propiciatorias, la permutación de pena sería otorgada plenamente.

Al hombre le es fácil matar poseído por el furor o bajo estado psicológico de pánico colectivo. Los pánicos colectivos más característicos son las revoluciones y la misma guerra. El temor a ser aplastado por el enemigo genera el propio furor ofensivo. Pero hemos tenido que inventar la razón de Estado, que es la irresponsabilidad encubierta en el fuero de una deidad abstracta, para asesinar en frío, a plazo fijo o dilatorio, con apocamiento flemático, refinado. Pero con todo y haber inventado la razón de Estado para tranquilizar nuestra acusadora conciencia, y a pesar de la farragosa dialéctica con que se protege y pertrecha aquella para la tarea de matar en frío, no se ha podido vencer la repugnancia que inspira el oficio, directo o indirecto, de verdugo.

La misma legislación capital, en los países donde afortunadamente no se ha caído todavía en el paroxismo totalitario, es cada día más compleja; diversos y cada vez más complicados los trámites a rellenar entre la sentencia máxima y la ejecución definitiva. El reo cuenta con una serie de recursos para dilatar la ejecución. Y en el ánimo de los jueces pesa tanto o más que los fríos considerandos de la ley, las poderosas reacciones sentimentales de la opinión pública.

Las letras universales nos han familiarizado con algunos motivos apologeticos del sacrificio épico.

Guzmán el Bueno ofrece su propio puñal al asesino de su hijo. Por encima de la vida de éste parece estar la palabra dada a su rey y el no rendir a Tarifa. Razón de Estado camuflada con el sacrificio épico.

El pundonoroso conde Alarcos se hace intérprete, en la sangre de su esposa, de los celos histéricos de la su Infanta. Literatos y romanceros han destacado más o menos el estado de ánimo que poseía a tan insignes victimarios en su momento épico. La leyenda pretende exaltar el deber abstracto, que es aquí la fidelidad al rey y la pleitesía a la Infanta; pero inconscientemente, resulta una revaloración de la vida humana. El deber abstracto necesita, para su prestanza, alquilar sus arreos al sacrificado. Tiene que empezar por inclinarse ante la magnanimidad de ese sacrificio, cantarlo en coplas, esculpirlo en mármoles y bronces. En consecuencia, le es tributario.

El conde Alarcos estrangula a su fiel esposa con lágrimas en los ojos y el corazón oprimido. «No engendré hijo —exclama Guzmán el Bueno— para que fuese contra mi tierra; antes engendré hijo a mi patria para que fuese contra todos los enemigos de ella».

Hay en estos casos una doble exaltación del dolor de esposo y de padre, no un simple y frío expediente. Si se sirve a la patria con el máximo sacrificio, la consideración y el sentimiento mayor quedan automáticamente sobreentendidos. Sin esa consideración máxima, el sacrificio no alcanzaría categoría histórica o anecdótica. La cadena de las generaciones no perpetuaría su memoria, ni la misma dialéctica, estatal, erigida en árbitro de vidas y muertes, la tomaría como ejemplo de recto proceder patriótico.

Automáticamente, pues, el deber abstracto queda desplazado por el deber congénito. Y este deber condena irremisiblemente en nombre de la sacrosanta inviolabilidad de la vida humana los gestos de Guzmán el Bueno y del conde Alarcos, empuñando estos gestos.

Transportada la cuestión a nuestros días, puede afirmarse que sólo los deficientes mentales son capaces de firmar una sentencia de muerte con pulso firme. El juez Kaufman está muy lejos de ser este hombre. Contra su aparente convicción de serlo están sus palabras, sus repetidas declaraciones a los reporteros de la Prensa, locuacidad hartamente sospechosa en un juez.

Hasta los servicios de Información de la embajada norteamericana en París creyeron en el deber de publicar un documento resumiendo las principales declaraciones, señalando la regularidad del proceso y la observación de las reglas del procedimiento.

Cuando se está plenamente convencido del cumplimiento de un deber moral no se dan, a cuento o no, tantas explicaciones. Los gestos de Guzmán el Bueno y del conde Alarcos estarían en el mismo caso. Si el deber abstracto es lo positivo, huelga tanto dramatismo sobre la índole del sacrificio. El del hijo y el de la esposa serían apenas dignos de mención. En el caso contrario —que es lo histórico o anecdótico— hay que admitir que el deber abstracto queda diluido en su propia abstracción.

Hay un sentimiento difuso contra la pena de muerte. Este sentimiento adquiere la máxima expresión al margen de la embriaguez o locura colectiva. Por muchos y graves que sean los cargos contra el acusado, al dictarse la sentencia que ha de poner fin a una vida, se produce instantáneamente una compenetración solidaria entre los individuos de la

misma especie. Este sentimiento será mucho más fuerte que las razones que pretenden ahogarlo. La sugestión dialéctica más sutil quebrará al querer atajar las fermentaciones producidas en el fondo de la conciencia humana. Pretender resolver el problema con especulaciones prácticas o filosóficas, es complicarlo enormemente. Con la particularidad de que los razonamientos prácticos pueden conducir a monstruosas teorías y los filosóficos también.

Cosas hay que no tienen explicación posible. Al menos desde el punto de nuestra mentalidad de hoy. En el dominio de los sentimientos fracasan todos los intentos especulativos. La evolución de nuestra mentalidad puede permitirnos un día lejano cambiar nuestra lógica standard por una norma de conducta más directamente acorde con nuestras emociones y sentimientos, y con absoluto desprecio de todo límite a la emoción.

Los anarquistas hemos llegado a la conclusión, desde hace mucho tiempo, de que el camino más directo para llegar a la libertad es la plena e ilimitada expansión de esta libertad. Aquellos de nuestros parientes próximos que paráronse a examinar los supuestos peligros del exceso de libertad cayeron instantáneamente del lado opuesto a la libertad.

Con el problema de la pena de muerte ha ocurrido lo propio. Las farragosas excepciones con que se vino condicionando el respeto a la vida humana exageraron enormemente los peligros de un respeto a ultranza para caer en la desconsideración más absoluta del valor humano.

Todo esto tiene una estrecha relación con el problema de la paz. Nuestra mentalidad de hoy no concibe, sin dejarse invadir por graves inquietudes, la idea de un desarme universal, y menos todavía el paso que dieron y rectificaron después, algunos países, de licenciamiento del propio ejército. Aún con este ejemplo, y el progreso material y cívico consiguiente, no se logró desvanecer la preocupación por lo que podrían hacer o dejar de hacer los demás Estados al amparo de la propia renuncia al militarismo. No se concede tanta importancia a las consecuencias de la tesis contraria; a que una situación de rearme permanente no evita tampoco la guerra sino que la precipita bajo condiciones más monstruosas.

El problema, desde todos los ángulos, es más una cuestión de mentalidad que de lógica. Y nuestra lógica es fruto de nuestra mentalidad. Por razones de mentalidad no creemos en el bien por el bien mismo; en la libertad por la misma libertad, ni en la bondad humana por la abnegación. Aunque operación lógica también sería comparar, sin prejuicios de ninguna clase, ambos extremos. Pues resultaría que la pena de muerte mata al espía pero no el espionaje; que la autoridad más benévola no establece la libertad sino su asfixia; que las guerras más «victoriosas» no ganan la paz sino que la comprometen. Pero esta comprensión lógica queda abrumada por la mentalidad de quienes no consienten en dar el ejemplo sin parar mientes en lo que puedan hacer los demás. La mentalidad oficial, ocupada constantemente en los graves negocios de Estado, no está por encima, sino más bien por debajo de la correspondiente al ciudadano medio. Amar las cosas por lo que estas representan; subordinarlo todo al principio de nuestra personalidad y dignidad, sería hacer camino, quemar las etapas de nuestra evolución mental.

José PEIRATS

**

THYL ULENSPIEGEL



LA violencia no ha podido nunca impedir al pensamiento rebelde exponer una verdad y proclamar la libertad. Siempre que en el curso de la historia humana se ha propuesto la fuerza brutal y liberticida ahogar la libre manifestación del pensamiento, éste ha encontrado nueva forma para mejor convertirse en sangre fecunda del pueblo. Y cuando para mejor frustrarle en el cerebro de muchos pensadores resolvióse decapitar a éstos o cuando creyóse poder ahogarlo en los labios de sus expositores ahorcándolos, el pensamiento no cesó nunca de vivir, no cesa en su acción revolucionaria y emerge más demoledor que nunca. Algunas veces buscará formas indirectas de expansión, no por indirectas menos eficaces, y conseguirá, más o menos tarde, romper las cadenas de la tiranía.

Este su esfuerzo para permanecer vivo y fecundo lo veremos muy claramente en algunas obras maestras de la literatura mundial que, perdurando a través de las reacciones despóticas, llegaron hasta nosotros para fecundarnos con sus enseñanzas. Ejemplo de ello es la obra de Rabelais, gran pensador que podemos situar entre los precursores del pensamiento libertario, y la de Carlo De Coster (1827-1879), autor de una obra verdaderamente maestra, su «Leyenda y aventuras de Thyl Ulenspiegel y de Lamme Goedzak en el país de Flandes», verdadero poema en prosa lleno de amores, de aspiración a la libertad y a la justicia y de rebelión contra todos los tiranos.

De Coster ha querido crear con el protagonista de esta obra, Thyl, la antítesis de Felipe II; oponer la alegría y la libertad a la tiranía y a la miseria. De ahí que el hijo del carbonario sea sereno, abierto, sincero, bueno, mientras que tético, taciturno, despótico y cruel el Absburgo español. Y mientras que el raterillo de Lamme crece en medio de la alegre malicia, el hijo de Carlos V vegetará en la melancolía. El primero amará la luz y la libertad, el segundo preferirá las tinieblas, exaltándolas, como el Franco de hoy, cual emblema de hosca tiranía.

En una página verdaderamente maestra, en la que se encontrará la síntesis y la esencia de su obra, De Coster describe el nacimiento de dos niños: el que será un tirano feroz y el futuro hombre libre, el rebelde a toda tiranía:

«Dos niños han nacido, uno en España, que es el infante Felipe, y el otro en el país de Flandes, hijo

de Claes, que será llamado un día Ulenspiegel. Engendrado por Carlos V, Felipe se convertirá en verdugo de nuestro país. Ulenspiegel será gran doctor en burlas alegres y locuras juveniles, pero tendrá buen corazón y por padre a Claes, ilustre peón de albañil que sabe ganar el pan con bravura y honestidad. Carlos emperador y Felipe rey, sembrarán el mal con batallas, vejaciones y otros crímenes. Claes, trabajador cotidiano, vivirá de acuerdo con la justicia, en el respecto a la ley, riendo siempre en vez de quejarse por la ruda fatiga. Será el modelo de la Flandes laboriosa. Ulenspiegel, siempre joven, inmortal, recorrerá el mundo sin detenerse en ninguna parte. Y será a un tiempo campesino, noble, pintor, escultor. Y andará por el mundo loando la bondad y la belleza, y burlándose a sus anchas de la estupidez humana. Claes es tu coraje, noble pueblo de Flandes. Soerkin es tu valerosa madre. Ulenspiegel es tu espíritu. Una preciosa cuan gentil rapaza, compañera de Ulenspiegel, e inmortal como él, será tu corazón. Y el obeso Lamme Goedzak será tu estómago. En las alturas están los devoradores de pueblos; abajo, las víctimas. Arriba los zánganos; debajo las laboriosas abejas.»

¿Pero qué es y qué significa Ulenspiegel? El espíritu de libertad levantándose contra la tiranía.

En las narraciones de la Edad Media aparece, medio auténtico y medio legendario, un tipo de vagabundo germano que se burla de todo, que no transige con ninguna autoridad. Es conocido por Thyl Ulenspiegel (espejo del buho). Germano o flamenco, este tipo es la personificación característica del espíritu popular insumiso a la autoridad.

Abundan las obras, más o menos anónimas, inspiradas en este tipo refractario. Aunque imbuido de características medievales, es el animador eterno del espíritu de justicia. Este sentido profundamente libertario le convierte en el revolucionario de todos los tiempos. Carlo De Coster ha sabido elevarlo a la categoría de tipo preciso y diáfano, igual que hizo Rabelais con su Gargantúa; y de la befa y la sátira ha sabido hacer otras tantas armas liberatrices que sumieron a la vez en el ridículo a todos los tiranos.

Nace De Coster, como su simpático protagonista, en Múnich de Baviera, en agosto de 1827. Sus padres son belgas y muy religiosos, y hubieran querido encaminar al hijo por los senderos eclesiásticos. Estas esperanzas no fueron de larga duración. Pronto se convencieron los padres de que el espíritu inquieto

del hijo, nada afecto a la religión, su amor a la libertad y a la justicia, no podían hacer de él un buen cura. Libre y batallador, se siente éste atraído por la causa contra la miseria y el sufrimiento. La libertad y la justicia no son cosas abstractas para él. Son más bien las cosas concretas que junto con la alegría de vivir ayudan a los hombres contra la opresión política y la esclavitud económica, haciéndoles mejores. El irá a la lucha sin miedo, resueltamente, y sabe de coro lo que el amigo de Thyl, Lamme, exclama continuamente: «Bien veo que peligramos entre la cuerda, la rueda y la hoguera, la muerte por hambre o sed, sin ningún reposo ni esperanza, y cuento con delgada piel, vulnerable al mínimo golpe de daga.»

Esta expresión puede parecer un lamento, pero a la protesta de Thyl, que pide se le deje solo en la lucha, él, que tiene tantas razones para seguir combatiendo, Lamme, erguiéndose fiero, exclamará con resignada firmeza: «¡Puesto que es necesario, andaré bajo la lluvia de balas, en medio de las espadas, de cara a esos sucios soldados que beben sangre como lobos! Y si un día caigo ensangrentado a tus pies, herido de muerte, entiérrame; y si ves a mi mujer dile que he muerto porque no pude ser amado por nadie en este mundo.»

Con su libro «La leyenda de Ulenspiegel», De Coster ha querido entonar un himno a la vida y a los combatientes por la libertad; el himno que entonará Claes, padre de Thyl, sacrificado en la hoguera: «Hijo mío, no prives nunca a ninguna criatura, sea hombre o bestia, de la libertad, que es el más grande bien de este mundo. Deja que busque el sol quien tiene frío y la sombra quien sienta calor.»

El bien de la libertad es el bien supremo. Thyl lo ha aprendido de pequeño como todo niño debiera aprenderlo:

«Un día de clara y fresca primavera, cuando la tierra es todo amor, Soerkin discurría cerca de la ventana y Claes canturreaba cualquier «ritornello». El pequeño Thyl divertíase cubriendo la cabeza de su perro con un birrete de juez. El can agitaba la pata como queriendo expresar cualquier juicio, pero realmente para desembarazarse de aquel objeto fastidioso. Súbitamente, Thyl cierra la ventana y empuja corcovear por la estancia, ora saltando sobre una silla, ora sobre la mesa, extendiendo ahora los brazos hacia el artesonado. Soerkin y Claes se dan pronto cuenta de las intenciones de Thyl, que no son otras que atrapar un pajarillo, quien trémulas las alas, temblando de miedo, yace arrinconado en un ángulo del artesón. Thyl quiere atraparle a toda costa cuando Claes le reprende con viveza:

—¿Por qué saltas así?

—Para cogerlo, meterlo en jaula, alimentarlo con grano y hacerle cantar para mí.

Entretanto el pájaro revoloteaba por la estancia chocando con su débil cabecita contra los vidrios de

la ventana. Y como Thyl no cesaba de dar saltos, Claes le puso pesadamente una mano sobre la espalda:

—Préndelo, mételo en jaula y hazlo cantar para tí. Y yo también te encerraré entre barrotes de hierro y te obligaré a cantar. Te gusta correr y no podrás hacerlo más. Estarás a la sombra cuando haga frío y al sol cuando haga calor. Después, un domingo, saldremos de casa olvidándonos de darte de comer y estaremos ausentes hasta el jueves. De regreso encontraremos a Thyl muerto de hambre y ya seco.

Soerkin, la madre, lloraba. Thyl, conmovido, bajó de la mesa.

—¿Qué haces?

—Abrir la ventana para que vuele el pájaro.

El verderol lanzóse como una flecha hacia el espacio libre. Posóse sobre un peral y, desde allí, con su idioma de pájaro, lanzó mil investivas contra el pequeño Thyl.

Es este un pequeño episodio que se pierde en el vasto mar de episodios de esta gran obra. En éste, Thyl aprende de sus padres. Es un grano de sal de que tan sazónada se halla toda la obra del gran escritor belga, obra inspirada en el más puro espíritu libertario.

Aunque la lucha que llevan a cabo los protagonistas es sangrienta y abundan las hogueras, no es éste un libro tétrico y deprimente. Todo lo contrario, abre el corazón y la mente a la esperanza. La nota burlesca rozando la tragedia de los acontecimientos y la tristeza de los hombres hace más humanas estas páginas en que se cantan las luchas del pensamiento libre del pueblo de Flandes, un pueblo que no quiere ser atropellado, dispuesto a defender las viejas libertades y a combatir por otras nuevas. Un pueblo erguido contra el tirano Felipe II y su representante en nefandas proezas: el Duque de Alba. Actualmente, estos nombres podrían ser muy bien sustituidos por otros nombres y la substancia del libro permanecería invariable.

De Coster ha escrito también otros libros. Entre ellos, «Légendes flamandes» y «Contes Brahamon». Pero la «Leyenda de Ulenspiegel», definida por alguien como «evangelio de los humildes y oprimidos», es su obra maestra. Hablaron con gran admiración de esta obra, elogiándola como verdadera obra maestra de la literatura universal, el poeta belga Emilio Verhaeren y el escritor Camille Lemonnier.

Es el libro de todos los héroes que se levantaron en todos los siglos y en todos los países por la libertad de todos.

(Traducción de J. Peirats.)

Ugo FEDELI



VERMEER

o el encanto de la sencillez



En una conferencia que les dió a los estudiantes de arte, en Westminster, manifestaba Oscar Wilde: «Todos los cuadros que no os hacen exclamar de inmediato: ¡Qué hermoso!, son malos cuadros». Y agregaba: «Un cuadro no tiene más significado que su belleza, ningún mensaje fuera de su goce. Esta es la primera verdad acerca del arte, que nunca debéis perder de vista». Hay un pasaje en una de las obras más representativas de Emilio Zola, «L'Assomoir», donde el maestro del naturalismo en la novela consigue mostrar cómo se puede reflejar, de un modo admirable, el influjo del arte en la sensibilidad de las gentes. Se describe una comida de bodas, en un ambiente de trabajadores parisinos, de fines del siglo pasado. Elementos de un fondo sencillo, con pocas luces y más predisposición a los goces materiales y a la francachela que a la expansión espiritual. Tras el opíparo festín y una bullanguera sobremesa, el estómago satisfecho con los manjares, vinos y licores, deciden salir a recrear la mirada y estirar las piernas. El día se muestra feo; ese tiempo invernal de París: húmedo, neblinoso, desapacible. Alguien ha propuesto ir a visitar un museo, ya que la temperatura es poco apropiada para pasear por el Bosque de Bolonia, o deambular por los bulevares. Y en alegre caravana se dirigen todos al Museo del Louvre. Y contemplando las portentosas obras de los más eminentes maestros de la pintura, aquellos visitantes de costumbres prosaicas, de instrucción elemental, sienten la fascinación del arte, que se adentra en su sensibilidad. Y el sortilegio de la belleza les infunde depurados sentimientos, bien lejos del achabacanado modo de ser que en su vivir cotidiano les es característico. Es ese el milagro del arte al que artistas, poetas y hasta pensadores han hecho alusión tantas veces, el hechizo de la belleza, efecto de sugestión que se adentra en el ánimo.

De nuevo en las galerías de arte, en revistas de pintura, y en recién editadas monografías, se hace alusión a Jan Vermeer de Delft. Se ha sacado a colación el criterio que en torno al gran pintor holandés manifestaron artistas de renombre, como Gauguin y Van Gogh; poetas como Paul Valéry; y escritores, como Marcel Proust y André Gide. Diríase que, efecto de contraste en tiempo y circunstancias, se atraviesan ciertos períodos en los que se fija una mayor atención en el que fué discípulo de Rembrandt sin que, por otra parte, se atuviera en un todo a los preceptos característicos en el autor de «La Lección de Anatomía». Epoca de transición la nuestra, el pensamiento, lo que, como diría Nietzsche, constituye «tabla de valores», experimenta la agitación febril de la incertidumbre. En artes y en ciencias las novedades diríase que se superponen

con la presteza de los primeros planos cinemáticos. Ciertamente, se ha creado una psicosis de novedad y celeridad en el vivir actual. Pero aún y con todo el ser así, frecuentemente podemos notar como el hombre de la ciudad, independientemente de la esfera social en que se desenvuelve, busca un remanso de paz; la calma de la natura. Anhela tonificar el espíritu con la sedante, con la acogedora serenidad de los campos. Incluso para el intelectual, que en razón de sus ocupaciones, se desenvuelve en el ambiente literario y artístico, y que el estar a la page le hace familiarizarse con cuanto en pos de originalidad degenera en la extravagancia, busca en muchos casos un retorno a las fuentes puras, en las letras y las artes. Un cierto cansancio se deja sentir cuando se ha constatado la vacuidad de muchas cosas que han sido ofrecidas como novedad. Por ello se vuelve a ese arte de ayer y de hoy; ese arte que lo será también de mañana si, como es de creer, el buen gusto, el sentido de lo bello subsisten en el fondo del ser humano. De ahí el valor perenne del arte de Vermeer.

En 1675 falleció en Delft, una pequeña ciudad holandesa, el pintor Vermeer, que durante su existencia logró gozar de cierta notoriedad, sin que ella llegara a ser tanta como para permitirle vivir de sus propias obras. No fué mimado de ningún Mecenas o de potentados, como lo fueron Rafael, Velázquez, El Greco, y tantos otros. De ahí que para subvenir a las propias necesidades y a las de una numerosa familia, tuviera que dedicarse a comerciante de cuadros; falleciendo a la prematura edad de 43 años, dejando el menguado rastro del hombre que ha sido bien poco favorecido por la fortuna. Pasaron los años. Cerca de dos siglos transcurrieron sin que nadie se ocupara de la obra del pintor aludido, relegado al olvido, hasta que un escritor francés, crítico de arte, Thore-Burger, habiendo visitado el Museo de La Haya, en 1842, quedó prendado del cuadro «Vista de Delft». Quiso conocer detalles al respecto del autor de la obra en cuestión, y ello le condujo a emprender con entusiasmo una campaña rehabilitando su memoria, sacándole del olvido. Entonces, artistas notorios y escritores de prestigio, como los hermanos Goncourt, ensalzaron, dieron el relieve merecido al genio pictórico del artista olvidado.

Poco es lo que se sabe con respecto a la vida de Vermeer. No son muchos los cuadros que de él se conocen, unas cuarenta obras, repartidas en diversos museos y colecciones particulares. Tardía le llegó la fama a Vermeer. Fromentin, en su obra «Los Maestros de Antaño» decía de Vermeer que era casi inédito en Francia y que notaba en él extraños aspectos de observador. Talne no pareció tampoco haber concedido mucha atención al notable discípulo

de Rembrandt. No obstante, en su «Filosofía del Arte», dijo que Vermeer merecía ser citado entre los pintores de «talento original». Pero, al reparar la poca atención que se había concedido a su obra, por parte de artistas y «amateurs», se tuvo para con sus cuadros tal apasionamiento que ello explica, como dice Gaston Diehl, que las obras de un excelente falsificador, Van Meegeren, fuesen acogidas con verdadero entusiasmo, adquiriéndolas a precios exorbitantes, a título de auténticos Vermeer, durante los años 1938 a 1945, hasta el momento que quedó descubierta la superchería, promoviendo el escándalo consiguiente.

Vermeer vivió en una época en que desarrollaban en la escuela holandesa, pintores tan renombrados como Rembrandt, quien se hallaba en su apogeo. Franc Hals, Van Ostade, y otros de menor relieve. Casi todos ellos, poco a poco, llegaron, con sus obras, a eclipsar al maestro de Delft, hasta que, al correr del tiempo, Vermeer alcanzó aprecio y consideración comparables a los que ha venido gozando el más representativo de todos los pintores de la escuela holandesa, el genial Rembrandt, sin que la obra del uno, a juicio de los críticos, guarde relación con la del otro. El ilustre autor de «La Ronda de Noche», representa la fuerza esplendente, el vigor creador, la maestría en el claroscuro. Fastuoso, arrogante en sus numerosos autorretratos, o en los de su esposa Saskia; envueltos en un lujo rebuscado, pero siempre seguro de su pincel. Genial incluso en los momentos de apuro; muerta la amada y acribillado de deudas... Otros, como Ostade, o Franc Hals, acusan un marcado sensualismo; se complacen en esas escenas de taberna, o en esas kermesas donde tiene rienda suelta el exacerbado placer de los sentidos. Vermeer se aparta de todos ellos en el aspecto de querer dar finalidad a la belleza en sí. No concreta su arte al reflejo anecdótico, la expresión de un rasgo histórico o mitológico. Pretende reflejar la belleza y la poesía de la vida cotidiana. Ama la musicalidad de un mundo —como dice Malraux— que ninguno de sus contemporáneos adivinó.

Pinta Vermeer las cosas ordinarias, los simples utensilios del hogar; mas, en tanto que otros de ello hacen un algo accesorio, sin que el pensamiento fije en cada cosa una mirada estimativa, él da valor a cuanto le rodea. Crea, con las cosas sencillas de la vida corriente, el pequeño mundo susceptible de aportar la calma, la felicidad del cotidiano vivir. Hay también en sus obras la luminosidad, el goce de la luz, que permite destacar, en un plano de idéntica percepción, todos los detalles, todos los objetos. Tiene el gusto de los interiores claros, limpios, recoletos. Diríase que ofrece como una transfiguración de las cosas corrientes, las cuales, sin perder su propia esencia, hace que emane de ellas más acentuada, más espiritualizada, la condición que nos los hace ser estimables. Se ha dicho que en ningún otro artista está expresado en tal grado el encanto de la vida interior, del recogimiento, hogareño.

No hay en las figuras de Vermeer el gesto o la expresión del alma apasionada; no muestran la preocupación clavada en la mente. Dan una sensación de serenidad, de nobleza en los sentimientos, de simpatía. Por ello su arte es optimista. Diríase que ha querido poner su empeño de artista en espiritualizar la vida, mostrando la poesía de las labores domésticas, de los modestos trabajos de artesanía popular; de la música, al pintar bellas figuras femeninas pulsando la guitarra o tecleando el clavicordio. Son mujeres que sonríen embelesadas por la exquisi-

tez del placer espiritual que les depara la armonía. Por la perfección del dibujo, por la suavidad y elegancia de tonos en su colorido, por la simplicidad de las escenas, por el halo de franca, de amable sencillez que de ellas se desprende, la mirada se deleita en su contemplación. Uno queda absorto, dejando fluir todo un cúmulo de ideas que diríase empalman con el mundo ambiental y con los estados apacibles de sensibilidad que el genio del artista ha conseguido inspirar. Y ahí está el mérito del hombre-capaz de captar la belleza y transmitirla a sus semejantes. Un arte como el de Vermeer tiene calidad perdurable. De él ha escrito Vanzype: «Su arte es simbolista y realista a la par. La realidad y el ensueño se unen en un lazo íntimo, dando una imagen sintética y depurada de la vida».

Sería grato poder reproducir, a la par de estas líneas, que tan sólo pueden dar una idea imperfecta del arte de Vermeer, sus obras más representativas. Por ejemplo: el cuadro «La Callejuela», es un breve tramo de calle con casas de fachadas de ladrillo rojizo, y techo en punta, como triángulo agudo; unas mujeres, con blanca toca holandesa y anchas sayas oscuras, se ocupan en labores domésticas; una cose, sentada y recostada en un portal; en el patizuelo de otra vivienda hay otra que lava. Es el trabajo cotidiano del hogar, necesario, sencillo y reposado. La «Vista de Delft», destaca en un primer plano las aguas quietas de un canal; barcas amarradas a ambos lados, y en el fondo la ciudad: una muralla, torres de edificios públicos, corporaciones, etc. Unos hombres y mujeres conversan a orillas del canal. La vida transcurre apacible, como esas aguas quietas que destacan en el cuadro. En «La Mujer que lee», «Mujer que escribe una carta», «Una joven con un collar de perlas», «Muchacha dormida», tienen estas, como todas las mujeres de sus cuadros, un ritmo, una armonía que alejan de la mente toda idea sensual. Uno de los críticos que se han ocupado de la obra de Vermeer ha dicho que las mujeres pintadas por este artista tienen una aureola de pureza de la que todo el arte holandés del siglo XV estaba desprovisto. Incluso en el cuadro «La Cortesana», una escena galante de jolgorio, descuello en las figuras un algo que aleja toda idea de relajamiento; incluso en el rostro de la «Mujer de la vida» que aparece en el cuadro, se percibe una sonrisa de bondad, como traduciendo amistoso y noble afecto, bien lejos de la sórdida malicia de meretriz. De verdadera obra maestra ha sido tildada «La lechera». Sobre una mesita, cubierta con un tapete, hay un capacillo, dentro del cual asoma un pan; fuera del capacillo, unos trozos de pan, una tetera, un jarro de loza, al que una mujer vierte la leche de otro jarro. Ella es un tipo de holandesa de compleción robusta, viste con limpia sencillez. Se halla en una habitación reducida, a la que da claridad una ventana. De la pared pendent unas cestas. Todo es simple y hogareño en el cuadro, pero hay tal minuciosidad y belleza en el detalle, que parece como si el artista haya querido realzar en la cesta, en el pan, en los cacharros, en los vestidos caseros de la mujer, en cada uno de los objetos del cuadro, el cariño, el afecto para con los anónimos artesanos, que conscientes de su cometido elaboran todas esas cosas tan útiles. Y así, en torno a cada uno de los cuadros de Vermeer, se podría engarzar un comentario, que resultaría pálida impresión de lo que cada uno representa y sugiere.

Cuando el arte ha conseguido hacer vibrar las fibras de la sensibilidad; cuando sus efectos han

cuajado en esos matices espirituales, susceptibles de producir, de despertar la emoción en el individuo o en una colectividad, puede bien decirse que ha cumplido su cometido. La pintura, como las demás manifestaciones del arte, alcanzan a pulir, a educar la sensibilidad. La sensación de lo que constituye la belleza se adueña del espíritu, una espontá-

nea admiración puede, consigue en muchos casos, aunar la sensación de la belleza con la percepción de la bondad. Se asocia, se enlaza lo bello con lo bueno, la ética y la estética, como quería Guyau. Y es en este sentido que las obras de Vermeer tienen un alto significado.

FONTAURA

El hombre libre ante la barbarie totalitaria

EL INDIVIDUO, EL PUEBLO, EL ESTADO



IP AZ entre las ideologías! Hay que evocar aquí estas palabras de un mago del pensamiento, de un gran contemporáneo de Romain Rolland, menos glorioso que éste como desconocido en Francia. Se trata del autor de «Les véritables entretiens de Socrate», «Les voyages de Psychodore», de «Le Cinquième Evangile», de «La tour des Peuples», de «Le Crim d'Obéir» y de muchas otras obras literarias o filosóficas, de ese Han Ryner que fué también un combatiente del Espíritu y que no ha contemporizado nunca con los fomentadores de la guerra política, nacional o imperialista, que permaneció siempre al lado de los humildes y pacíficos y también al lado de todos los sabios y benefactores de la humanidad.

En una entrevista que tuve con él en París, en 1930 (relatada en el capítulo de mis «Pérégrinations Européennes»), me explicó sonriendo fraternalmente lo que entendía por cierta frase que escribí en una de sus cartas: «Queremos la paz, no solamente entre los pueblos y las clases, sino también entre las ideologías». Reproduzco sus palabras para hacer justicia a la memoria del precursor de un «mundo nuevo» que no proyectó hacia el porvenir como un miraje de decepción; encontró las huellas de este mundo en el pasado, viviéndolo él mismo en medio de una sociedad corrompida y huraña, que fustigó en sus «Prostitués», «Le Sphinx Rouge», «La Soutane et le Veston», «La sagesse qui rit» y en innumerables conferencias.

«La paz que deseo entre las ideologías—me dijo Han Ryner—no es sólo el triunfo de la tolerancia... La tolerancia es aún una falsa paz. Es un mínimo que he tratado de obtener del intolerante. Pero quiero darle más. Entendámonos. No transijo con su intolerancia. No transijo sino aparentemente con sus opiniones gregarias. Me entrego a él, a lo que hay en él de personal, de original, de profundo, de ignorado, posiblemente por él mismo, con toda la discreción necesaria para no irritarle, con toda la luz posible. Trato de despertar en él al hombre único y fraternal que destruirá al francés y al alemán, al europeo o al americano, al católico o al budista... Cuando piense por sí mismo, no pensará como yo (afortunadamente), pero no pensará tam-

poco contra mí... Sólo los esclavos de una doctrina prefabricada son intolerantes. Quien ha creado su propio pensamiento sabe que ésta está en armonía con su ser, no con otros seres y, como no exige que nuestros ojos y nariz tengan el mismo color y forma, no me exigirá parodiar su palabra. Amo en él su pensamiento, el suyo, elemento de su armonía, y no intento incorporar a mi armonía diferente la más mínima parte de la suya. Mi paz es amor respetuoso...»

Es bueno respetar sus palabras, de una sabiduría profundamente humana. Para los individuos que se tienen por positivos, prácticos, eficientes, para los «raquins de la réalité», estas palabras expresan el punto de vista de Sirio. Estos, los hambrientos del poder y de sus apariencias, son más bien seres que no han encontrado todavía su humanidad. Les ofrecemos una vez más, para meditar, esta declaración de Han Ryner: «El más grande bien que pueda intentar es deshonorar, con la guerra misma, todo lo que es causa posible de la guerra, en particular los nacionalismos, los europeísmos, asiatismos o islamismos (adjuntemos los dogmas de las iglesias y de los partidos políticos), todo lo que me impide fraternizar, en plan de igualdad, con cualquier hombre de no importa qué origen, cualquiera que sea su ideología...»

Tras la larga ruta recorrida por Romain Rolland, como combatiente intelectual y espiritual a la vez, «cayendo y extraviándose, levantándose y reemprendiendo el camino», ha llegado el momento de ir en peregrinaje a la Meca Roja. Se halla preparado para el gran viaje. A su edad, casi a los setenta años, y de salud delicada, gravemente enfermo con frecuencia, ingresó en una clínica (como me escribió) para reponerse un poco de sus esfuerzos de tenaz trabajador. En 1935, descendió de su aislamiento alpino para ver por sus propios ojos a la U.R.S.S., la patria del proletariado que había defendido calurosamente en sus escritos, contra los detractores, contra su propio Occidente, contra una sociedad burguesa demasiado poderosa aún para movilizar ejércitos contrarrevolucionarios. Fué huésped de Máximo Gorki, primer *oudernik*, su gran camarada, al que tendió la mano, hace cuatro lustros, en vísperas de la revolución rusa.

Podemos imaginarnos cómo fué recibido allí, Contaba con

numerosos amigos y admiradores (1). «Son numerosos», escribió en una carta que hemos reproducido en otro capítulo. «Juan Cristóbal» ha sido un mensajero desde hace mucho tiempo. Pero no se sabe todavía lo que vio y oyó durante su permanencia, y en qué medida sus sueños, o al menos uno de sus sueños de universalidad del espíritu, fué realizado en las «estepas donde millares de idealistas de todo el mundo, sedientos de paz y de justicia, creen percibir, bajo la luz resplandeciente de los mirajes, las ciudades gigantescas del Trabajo y de la Educación, los templos de la Ciencia y del Arte. Mientras otros viajeros—Barbusse, Durtain, Duhamel, Gide, y el mismo Herriot o Briand, por nombrar solamente a algunos escritores franceses—han publicado libros más o menos documentados, de partidarios fervientes o de simpatizantes, de observadores objetivos o escépticos, Rolland no ha publicado casi nada sobre el país del que fué huésped respetado y aclamado. Se pueden hacer diversas suposiciones sobre este «silencio», y el silencio es con frecuencia más significativo que los testimonios públicos.

No hay que anticiparse sino saber esperar. Y se verá en «Le Journal»—en el que Rolland anotó sus pensamientos más íntimos con una sinceridad despiadada, incluso para consigo mismo—, sus impresiones y juicios sobre los hombres y las realidades sociales que pudo conocer en la U.R.S.S. Su decisión de que ciertas partes del diario no fuesen publicados hasta 30 o 50 años después de su muerte, es una indicación de que ha confesado, según Victor Serge («Pages de Journal»—1945-47—. Véase nota precedente), «sus escrúpulos, sus dudas, el drama de su fidelidad al comunismo... Este diario, temeroso de guardarlo en su casa, lo puso en manos amigas. Estas páginas dirán... que su inteligencia y su consciencia no estaban muertas sino vigilantes: la *evasión póstuma*. (Algún día se conocerán las crisis de Gorki, los reproches que dirigió a Stalin, los furoros que consumieron sus últimas fuerzas.)

Adjuntamos que la permanencia de Rolland en la U.R.S.S. fué breve. Hubo de interrumpirla a causa del pésimo estado de su salud, como escribió el 21 de julio de 1935, la víspera de su salida de Moscú, en una carta dirigida al «camarada Stalin». Esta, junto a su respuesta a una encuesta de «Vendimiaire», forma uno de los raros testimonios públicos de Rolland, consecuencia de su viaje. El mensaje al «tovaritch» Stalin tiene un carácter más bien general que personal: evita allí todo elogio al «Jefe» (como hizo con Lenin) y habla del «pueblo fuerte» con el que ha tomado contacto, y que persigue sin tregua la lucha contra miles de obstáculos, construyendo a la vez, bajo la dirección del partido comunista, un mundo nuevo, con un impulso heroico y ordenado. Admiró su fuerza sana, su gozo de vivir, su entusiasmo, a pesar de todas las privaciones y dificultades vencidas paso a paso... Al partir, Rolland expresó la pro-

funda convicción de que el solo progreso positivo del mundo se halla ligado indisolublemente a los destinos de la U.R.S.S.; la antorcha de la Internacional Proletaria que debe ser y será un día la humanidad entera. Era, pues, necesario defenderla, en todos los países, contra los enemigos que amenazaban su progreso.

Se ven, en este resumen, frases que Rolland ha repetido en sus llamamientos, en sus artículos y controversias. Pero el tono de la carta es bastante reticente, diríamos diplomático. El porvenir parecía allí asegurado, a pesar del presente cúmulo de dificultades, lleno ese mismo porvenir de peligros en todos los países. También en la U.R.S.S., cuando se es huésped, y tan honorable, uno aparenta no observar las querellas de familia. Y la carta finaliza con la promesa de Rolland de que no ha faltado ni faltará nunca a sus deberes: defender el progreso de la U.R.S.S. Al dar la mano a Stalin, se la daba, con este gesto, al gran pueblo por el que albergaba su amor fraternal.

Digamos de paso que Rolland se dirigió al «camarada» Stalin simplemente, sin las fórmulas empleadas con frecuencia en la Prensa y en las reuniones comunistas. André Gide, en circunstancias parecidas, no tuvo la misma... suerte. Este contó, en su «Retour de l'U.R.S.S.», que atravesando en Georgia el pueblo natal de Stalin, quiso enviar a éste un telegrama de agradecimiento por la amabilidad de que fueron objeto él y sus compañeros de viaje. (Véase el artículo de Fontaura «Gide en la U.R.S.S.», «Ruta», Toulouse, 1.º de abril de 1951.) El traductor del telegrama le llamó la atención de que no podía dirigirse al Gran Jefe con un simple «usted»; debía adjuntar «Usted Jefe de los Trabajadores», o «Señor de los Pueblos», etc. El traductor no era un pobre lego; se hallaba ligado a las personalidades culturales de Occidente, de paso por el reino del bigotudo «Padrecito», al que hay que adular de una manera excesiva, como los déspotas asiáticos y, más aún, temerle como al dios de la venganza.

Que Rolland en su carta haya estrechado la mano del «camarada» Stalin, ello puede ser un gesto de galantería o una cuestión de estilo. Pero otros, que han sentido duramente «la mano fuerte a la vez que suave» de Stalin, esa grande mano acerada, tentacular, despiadada, han juzgado de manera diferente este gesto, que no podía ser simbólico solamente. El mismo Victor Serge, en las «Pages de Journal» ya citadas, escribió a este propósito, con una ira apenas reprimida... «¿pero por qué se negó a liberar al menos su conciencia? El autor de «Juan Cristóbal» (adjuntamos que esta obra fué para Victor Serge «la revelación de la nobleza de vivir»), a los setenta años se dejó manchar con la sangre derramada por una tiranía de la que era él mismo fiel loador. Fué para mí algo incomprensible, desmoralizante...»

¡Los viajes modernos no se parecen ya a los de antaño! Por el camino de Damasco o de Canosa no ofrecen ni caritativas expiaciones ni revelaciones divinas. La Meca Roja se parece a todos los lugares de peregrinaje del fanatismo dogmático. ¡Qué importa el nombre donde se santifica o sacrifica—liquida—a los hombres como traidores! «Quien no está con nosotros está contra nosotros». El mismo Rolland no escapó al tributo que todo visitante debe pagar al Jefe genial y todopoderoso. Se advierte, en su carta de despedida, que por encima de la cabeza de Stalin se dirige al pueblo, y por mediación de éste a la humanidad, especialmente a las nuevas generaciones. Esto es más evidente en su respuesta a la encuesta de «Vendimiaire» (París, diciembre de 1935). Después de haber declarado que pertenece a esta Francia que avanza sin cesar hacia las altas y lejanas regiones del avenir, Rolland añade que él mismo es uno de los soldados del gran ejército cuya vanguardia se encuentra al Este de Europa, «là où se lève le soleil». La fe que reina en la U.R.S.S. es un «endemisme» social, ardiente, inextinguible. Gorki, nacido y criado en el pesimismo de la vieja Rusia, se sorprendía de que Lenin cre-

(1) En sus «Pages de Journal» (1945-1947), después que la revista «Temps Modernes» de París publicó algunos extractos en su número de julio de 1949, el escritor Victor Serge, muy bien informado, escribió sobre el viaje de Romain Rolland a Moscú las siguientes líneas: «Vino a ver a Stalin en 1935, pidiéndole poner término al «asunto Victor Serge», es decir, que se me juzgara o se me liberara. Stalin manifestó «no estar al corriente de nada» y prometió mi libertad caso de ser posible... Es sobre todo esta gestión que, al parecer, debo la vida. A su llegada, Romain Rolland fué besado por Bukharin y amablemente acompañado por Jagorda... (Este último era el verdugo en jefe de la siniestra G.P.U., y fué liquidado él mismo después de haber suprimido a numerosos «traidores» e inocentes «socialmente peligrosos»). Victor Serge añade: «Romain Rolland pudo conocer muy bien el régimen, y sé que su adhesión se hallaba repleta de ansiedades, de dudas, de escrúpulos, cada vez más acusados».

yese en la realización de ese bello sueño de una próxima felicidad humana. Rolland quiso publicar en un libro las cartas que recibió de amigos desconocidos, obreros, soldados y discípulos de la Unión Soviética. Es imposible—dijo aquél—resistir a ese aliento de gozo y de energía que se desprende del heroico optimismo de un mundo en marcha. Estaba lejos de la vieja y escéptica Europa de Baudelaire y de Flaubert, lejos de la mística Rusia de Dostoyewski. Y veía la despierta certidumbre de la juventud, que, en ocasión de su visita a la U.R.S.S., le escribía con «una tierna ingenuidad»: «¡Qué feliz debéis ser de encontraros entre nosotros y de ver realizado el sueño de toda vuestra vida!»

Pero el gran veterano, templado en la lucha contra sí mismo, y contra el mundo, demasiado lúcido, obsesionado por la verdad, sabía perfectamente que el sueño de su vida «no sería nunca realizado...», pues mira más allá de lo que toca. Este sueño se halla contenido en un continuo porvenir. Ciego quien no vea esta realidad. No se discute el «programa» como no se discute el movimiento. Para demostrarlo no hay más que andar. ¡Adelante! Hay una humanidad en marcha. La que permanece inmóvil, encorvada, timorata, puede abrir su fosa. «Dejemos a los muertos enterrar a sus muertos... Nosotros, iremos más lejos...»

¡Ir más lejos! En el mundo de la «realidad», de las contingencias sociales y políticas, se llega con frecuencia a un callejón sin salida donde nos vemos obligados a retroceder. En el mundo del espíritu debemos superarnos a nosotros mismos si queremos llevar a cabo la obra *realizable* durante una existencia. Rolland lo sabía muy bien. Decía él que sobre el plan social y político se actúa según los imperativos del momento; pero cuando nos remontamos hasta los dominios ilimitados del espíritu, encontramos nuestras propias leyes de creadores intelectuales. Es en este sentido que podemos comprender sus palabras: «Nosotros iremos más lejos».

El combatiente «dans la mêlée» ha vuelto a tomar sus herramientas de escritor. Durante los últimos años de su vida trabaja febrilmente en sus obras, aquellas a las que se entregó enteramente, único y múltiple a la vez, descendiendo al infierno de la tragedia humana, remontando hacia las cimas de las eternidades espirituales. Después de su ciclo de novelas («L'ame enchantée») le vemos construir otro templo a la gloria de las creaciones de un titán: Beethoven (seis volúmenes). Reunió en «Compañeros de ruta» sus testimonios sobre algunos gigantes del pensamiento y de la acción, del arte y de la revolución. Y a renglón seguido «La vie intérieure». No olvidemos los dos tomos de exégesis literaria consagrados a su amigo de juventud Charles Péguy. Y las «Mémoires», sin poder trascender de su adolescencia. Pero en su «Journal» continúa anotando sus pensamientos sobre los hombres y los acontecimientos hasta sus últimas horas.

La recopilación de sus artículos, manifestos, cartas y mensajes, prueba patética de sus luchas sociales, no es completa. Queda aún material para algunos volúmenes. Si los «Quinze ans de combat» se hallan consagrados sobre todo a la revolución, a la defensa de la U.R.S.S. y a las campañas contra el fascismo, «Par la Révolution, la Paix», aparecido en 1935, tiene como *leit-motif* la acción pacifista, donde las principales condiciones para el éxito eran, según Rolland, la revolución «para transformar el orden social». No olvida nunca a la U.R.S.S. en sus numerosas controversias con los representantes de los movimientos pacifistas. Quería igualmente atraer todas las corrientes pacifistas hacia el océano tempestuoso donde se había levantado el «mundo nuevo»; es a través del Oriente que indicaba Rolland el camino a seguir. El Occidente representa el mundo burgués, capitalista, la plutocracia, «la podredumbre idealista» de una cultura y de un arte llamados a perecer. El Occidente es sobre todo el fascismo negro y pardo, «l'infame» que es necesario aplastar. El vigilante de peligros que dió

la alarma de «¡A formar!, la humanidad está en peligro» (para él la humanidad confundíase, naturalmente, con la U.R.S.S.), no veía el fascismo rojo, el modelo de dictaduras de todo color, grandes y pequeñas, más o menos feroces, reaccionarias o revolucionarias, empleando los mismos medios de servidumbre física y moral, las mismas armas fraticidas.

Nos hemos referido en diversos capítulos a las luchas sociales y políticas de Rolland. En lo que concierne a la paz, habría que adjuntar a su compilación «Par la Révolution, la Paix», los documentos más antiguos que demuestran su condición perenne de pacifista integral, de defensor de los objetores de conciencia, de intérprete occidental de la no-violencia gandhiana, de profeta de la fe humanitaria. Pero durante su última etapa proclamó los derechos de los pacifistas revolucionarios para la defensa de la paz con las armas en la mano. Naturalmente, contra «el más grande peligro» que era el nazi-fascismo. Permaneciendo siempre al lado de la U.R.S.S., Rolland tuvo que reconocer seguidamente que su propio país, la Francia, estaba igualmente amenazado por esta calamidad. Desde 1935, en el epílogo a «Par la révolution, la paix» advertía ya la proximidad de la segunda guerra mundial, así como el desencadenamiento catastrófico de numerosos conflictos políticos y sociales. El Rolland de 1914-1919, el que «odiaba el odio», declaraba veinte años más tarde que nadie odiaba el fascismo como él, ni nadie más convencido que él del peligro inmediato que representaba para Francia, y para el mundo, la dictadura hitleriana. «Nadie más convencido que nosotros del tenaz designio de venganza de la dictadura hitleriana, del propósito de agresión y de conquista encubierto con él maquiavelismo de sus protestas diplomáticas de paz, que contradicen sus publicaciones chauvinistas y sus rabiosas campañas en el interior del país. Nadie desea su ruina más que nosotros» (20 de marzo de 1935). La guerra, repetía, no podría ser útil más que a la dictadura nazi, al obligar al pueblo alemán a cerrar sus filas entorno a sus verdugos. «No es la guerra sino la paz lo mortal para el hitlerismo», el cual es incapaz de resolver por los medios ordinarios sus dificultades económicas y sociales. «Basta que el hitlerismo encuentre a su alrededor una Europa firme y calma, resuelta a obligarle a la paz», para que sea derribado por las justas reivindicaciones «de su pueblo, al que ha engañado, oprimido, degradado y conducido a la ruina». Aclaremos solamente que todo lo dicho por Rolland sobre la dictadura hitleriana reza para con todos los gobiernos absolutistas, para todos los regímenes totalitarios, cualquiera que sea su origen: reaccionario o revolucionario, demócrata o imperialista.

Pero Europa no estaba unida, ni firme ni calma. Uno después de otro, los pueblos europeos—no solamente los pequeños Estados—caían bajo los golpes fulminantes de «expansión» de la dictadura parda o negra. Es hacia 1937-1938 que Rolland declara que la paz es «indivisible», lo que ocasiona un gran debate en la Prensa de los pacifistas integrales, sobre todo en «La Patria Humana» y «Le Barrage» de París. Pues por la paz indivisible—expresión que implica una concepción unitaria y universalista de la lucha humana por la paz—, Rolland entendía la alianza entre Francia, Inglaterra y la U.R.S.S. para frenar el fascismo que quería lanzar a los pueblos de Occidente a «una siniestra aventura de guerra que sumiría en la ruina al conjunto en provecho de un puñado de aventureros».

Estos aventureros se llamaban entonces Mussolini y Hitler, a quienes seguían la consiguiente secuela de aprendices de dictador en casi todos los países europeos. ¿Y Stalin, el grande y genial jefe de la Unión Soviética? Al respecto, ha aquí lo que pensaba Rolland: La paz es la prueba victoriosa para los Estados que poseen «una plena conciencia y una organización sana. La U.R.S.S. no tiene necesidad de otra cosa para probar su razón de existencia... la poderosa verdad de la doctrina en que se basa... Sólo los Estados en bancarrota recurren a la guerra; al

última *ratio* de los especuladores y negociantes «que prosperan como gusanos sobre el sucio toisón de las monarquías enfermas y las democracias podridas»... Y he aquí la conclusión: «¡Queremos la paz! Esta no puede ser sin ella, ni estable, sino mediante una transformación del orden social. ¡Por la revolución, la paz!»

Roland tenía perfecto derecho para expresar sus preferencias revolucionarias. Pero estaba equivocado al afirmar que la paz estaría asegurada por la revolución. Pues—hemos ya expuesto esta cuestión («L'Internationale Pacifiste», Ed. Delpeuch, París, 1929, etc.)—la revolución, que, generalmente es más política que social, es también una de las formas de la guerra: aquella se manifiesta, sobre todo en nuestros días, por medio de todos los medios de guerra. Incluso las grandes revoluciones (la francesa de 1789 y la rusa de 1917), que pretendían transformar el «orden social», han ido seguidas de una serie de guerras contra los enemigos de dentro y de fuera. Las primeras victorias contra el antiguo régimen, los primeros progresos, que significaban algunos pasos hacia delante, hacia los ideales de justicia y de libertad, han sido, si no totalmente anuladas, por lo menos rechazadas por los nuevos regímenes que se afirmaron en el Poder, en nombre de su dogma político, con los propios medios de los adversarios eliminados: por la opresión, el terror y la guerra. Esta misma guerra fué dirigida contra su propio pueblo. En la Italia fascista, en la Alemania hitleriana, existió el estado de guerra permanente contra los respectivos pueblos, como es el caso del stalinismo para la U.R.S.S., el del franquismo para España, y así, sucesivamente, en todos los Estados donde florece la dictadura más o menos totalitaria. Y cuando se llega al límite del terror interno con la amenaza al régimen dominante, entonces, el gobierno busca la suprema diversión: la guerra contra los otros Estados. ¡Estos son siempre más «reaccionarios», más «imperialistas» y más «guerreros» que su propio Estado!

Por lo tanto—para aplicar las propias palabras de Roland referentes a la dictadura nazi—, la guerra es útil a todos los regímenes despóticos que obligan a sus pueblos a solidarizarse con sus verdugos; es «la concentración forzada de la nación contra el extranjero». Y es desgraciadamente el círculo vicioso de los que, imitando el siniestro «slogan» de «si vis pacem, para bellum», lanzan y repiten esta consigna: «si quieres la paz, prepara la revolución». Esta revolución se convierte, fatalmente, en una doble guerra, nacional y civil, imperialista y estatista, económica y política, contra el individuo y contra el pueblo; la guerra antisocial y antihumana, dirigida por los partidos militarizados contra el «pueblo único y universal», contra la humanidad dividida todavía en naciones, en razas, en clases y en Estados.

¡Si quieres la paz, prepara la paz! Lo dije en las con-

clusiones de mi encuesta «Los caminos de la paz», que contiene 165 respuestas de los representantes de la cultura y de los movimientos pacifistas. (Edición integral en alemán: «Wege zum Frieden» (1936), destruida por los nazis; en francés: «Les voies de la Paix» (1936), contiene solamente las respuestas francesas.) Casi todos han reconocido la necesidad de una Internacional Pacifista mundial, apolítica, de acción directa y permanente. Incluso Romain Rolland, en el prólogo a la encuesta—extracto de su carta del 29 de abril de 1930—reconoció entonces que hay que «realizar la entente partiendo de un acto preciso, un ¡NO! colectivo... y aceptar de este acto las terribles consecuencias, para sí y para los suyos... La movilización pacifista comporta grandes, así como previas maniobras del espíritu para ensayar los papeles».

He indicado que estas maniobras previas tenían ya su expresión práctica en los centenares de grupos, ligas, asociaciones, reunidos en federaciones que tienden a buscar su unidad suprema en la Internacional Pacifista. Por otra parte, he insistido sobre esta realidad: «El pacifismo activo tiene como punto de partida el individuo... Todas las grandes acciones empiezan por los humildes o por los héroes solitarios. Quien ha pronunciado una palabra de paz debe corresponder a ella con actos de paz. El pacifismo no exige «soldados» que obedezcan ciegamente. Este pide a cada cual un objeto de conciencia, un hombre con suficiente coraje para ser sincero consigo mismo, para extirpar el mal en su propio corazón; para responder con una negativa firme al llamamiento de muerte de sus ilegítimos mentores. Este gesto de negativa: brazos cruzados, frente alta, ha triunfado siempre de la violencia congestionada por el odio y la mentira». Pues «el pacifismo moral se manifiesta en la vida social por el esfuerzo creador y la asistencia recíproca. Bajo diversos emblemas o doctrinas, sociales y económicas, éticas, laicas o religiosas, las organizaciones pacifistas reúnen a todos los capaces de armonizar la idea con la acción»...

Y concluía de la siguiente manera: «La guerra, no importa qué guerra, es rechazada por la conciencia humana. Ella suele bramar en medio de las últimas convulsiones de pasión destructora, cambiar de máscara, y, según los Estados y las clases, inventar nuevos «ideales» para engañar a los pueblos. Actualmente retrocede ante cada ¡no! de su creación. *Pues la guerra no es la obra ni de la naturaleza ni de la divinidad. Es obra humana, y perece, debe perecer por voluntad del hombre que, tras diez mil años de yerros sangrientos, reconoce al fin su misión pacífica, solidario en esto con los gusanos y con las estrellas del cielo...*»

(Concluiré).

Eugen RELGIS



INTROSPECTIVA

FUENTES DE INSPIRACION



NEFABLE balbuceo del pensamiento. Zigzag de caprichoso lepidóptero; no del rayo que rasga, cruje e hiende.

La pluma sin cesar garabatea. Se suprime un vocablo, un renglón; se anula la oración entera porque no cuaja ni reza. La idea se rechaza antes que salga de su madriguera. Porque desbarra o sigue huellas.

La fragua intelectual se enfria.

La imaginación se fué de ronda. Su cámara es una nevera con densas nebulosidades; el esbozo de sus imágenes se diluye antes de perfilarse. Chispeo inconsistente del soplete.

Infiel, la memoria no acude a la cita. Se abre el cajón del congestionado archivo. Zarabanda de datos, ideas, efemérides. Consultorio inútil; socorre vano. ¿Cómo hilvanar estos retazos, erudito, con tus solas tijeras, tu aguja y tu hilo; faltándote empero las medidas, la rima el ritmo y el estilo, todo ello implícito en el sujeto inspirativo?

Se miran fijamente las volubles volutas del cigarrillo; vanamente: no valen un pitillo.

Paisaje gris; sin siluetas, sin sombras, sin huellas. La nórdica nieblina lo envuelve todo. Ni siquiera los sufridos muñones, las nudeces sarnosas de la desnuda arboleda se muestran. Lienzo externo, copia idéntica del interno.

¡Vaya día! Imposible mirarse hoy en la balsa enturbada de la conciencia.

Con paisajes así, Rembrandt abdicará. La perturbación de Van Gogh, en tal situación es concebible.

¡Como se vacila! ¿Con qué llenar las cuartillas exigentes, agresivas —¿blancas? ¿grises? indistintas— que no sea de vaciedades? Su virginidad sólo temor inspira. Ennegrecidas, desencadenan la ira.

Exasperación. Hervor de la sangre. Trepidación motriz, cardíaca. Parece como si fueran a reventar las tuberías sanguíneas, pese a su elasticidad y su calibre. Se teme un cortocircuito de los cables neurónicos, el repentino colapso. Hay obstrucción en los manantiales glandulares; los ojos inmóviles, la boca seca, el ceño fruncido... Tienta el pétreo muro, para romperse la crisma. Mugre por doquier, como el color del día. Es preferible la oscuridad cerrada, con abismos abiertos y los ojos de un negro felino que os miran fijamente. Al menos intrigan esas luces fosforescentes, esas luciérnagas agresivas.

¡Musas escondidas, subterráneas, inaccesibles como las fuentes del Nilo!

Baudelaire recurre al vaso de Ginebra.

Balzac sacude su letargo con excitantes ruinosos, para ahuyentar la modorra producida por los cánticos litúrgicos.

¡Que no se perciba un Bakunin para inspirar a otro Wagner un nuevo Sigfredo!

Beatriz consumida ya no exacerba los rescoldos amorosos de Alighieri.

Nada. Ni los arpegios de un jilguero gozoso o celoso sobre la copa del cerezo rojiverde. Entre los tiernos alfalfares no canta la codorniz. Ni el tan traído y llevado rayo lunero asoma por encima del verdinegro olivar.

Como para renunciar al enunciado precoz, rechazar títulos y negar la firma en lo sucesivo. Para siempre, eternamente.

Se ha llegado al paroxismo. Y es entonces cuando se oye una carcajada insolente que irrumpe del subconsciente. Murmullo hondo, insinuante, burlesco que parece interpretar el verso del poeta: «Serments éternels d'une bouche éphémère».

Y el eco ha tenido resonancias conscientes.

Pulso imperceptible, se alienta de nuevo. La frente se desarruga, y las manos, antes crispadas, caen como dos alas rotas por la tempestad a todo lo largo del cuerpo.

Unas gotas destiladas, amargas, se detienen en los párpados y ciegan las pupilas.

Cesaron las convulsiones. Templanza y ensimismamiento. Los objetos exteriores se miran fijamente sin verlos. Porque se mira hacia dentro, como para rasgar los velos que cual telón opaco esconde los insólitos parajes inconscientes.

Y empotrado en la silla, sin noción de espacio ni tiempo, se oye de nuevo la voz misteriosa, pero esta vez clara y distinta de la conciencia diciendo:

—Tú aspiras. Concreta tus aspiraciones y verás los caños de la inspiración chorrear potentes. Una venus que se entrega, un pichón frito valen por el deseo carnal o carnívoro que está en tí, en potencia. Y viceversa. En esta cronaxia o coincidencia está el secreto de toda fecundidad.

¿Aspiraciones? Nada vagas por cierto.

Más aún. Motivos de indignación sobrerros para los enamorados de la justicia humana; sin estas angusturas codificadas que estrangulan los derechos mediante indignantes desafueros.

No. No faltan vagos gitanillos, por ejemplo, perseguidos por encapotados tricrornos —vagos de oficio— para templar nuevas liras granadinas. Es cierto. Ni el tormento judaico, ni el de los negros; ni el de estos creyentes o aquellos ateos...

Y se recuerda el viril «Yo acuso» de Zola. Desafiando los poderes solo, sin tener en cuenta las corifeas muchedumbres amansadas, o las interesadas élites castradas de su tiempo, cuanto más del nuestro.

¿Motivos? Cotidianamente. Pero en nuestra época frenética, de crímenes y estruendos bélicos, nadie acusa y todo se excusa. ¡Qué terrible es el miedo!

Ni la osadía de decir lo que se hace, se tiene.

Utilitarios que no piensan, mas cuentan, miden y pesan. Y luego la diferencia se reduce a indiferencia.

Y nosotros, universalistas, no escapamos a la regla. Hambrientos, aceptamos regímenes limitativos.

Nos mortifica el cilicio, la camisa de fuerza a los ateos quijotesco; prendas que nos brindaron y nos pusimos al bajar la septentrional vertiente. Y sin embargo las soportamos.

Cierto que sin ellas nos quedaríamos en cueros. Y con el frío... a la intemperie...

Las cuentas. Siempre las mismas cuentas.

Cualquier Nerón un día mandará abrirse a toda la humanidad las venas. Y el pánico mediante, sin la gallardía y la entereza moral de un Séneca, toda la humanidad se auto-degollará para complacerle.

Por ello no chorrean ciertas fuentes. Sólo se permite el chorro que va a parar al páramo estéril. Como estas cuartillas repletas de abstracciones, insinuantes, inconcretas.

Plácido BRAVO

¿Qué es un delincuente?



El siempre y por todos se ha observado el parecido entre padres e hijos o abuelos y nietos. A esa similitud de rasgos y temperamentos se debe que adivinemos, alguna vez, a qué familia pertenece un niño y oigamos las expresiones corrientes de, se parece a su padre, o tiene un carácter como el de su abuelo.

Darwin fué uno de los primeros investigadores que quiso arrancar los secretos de la herencia para darnos una legislación del fenómeno biológico.

En los tiempos que Darwin dió a conocer su teoría evolutiva el «Origen de las Especies» (1859), fundada en la herencia y medio ambiente, fué duramente atacado, si bien por otros valientemente defendido.

Hoy, paralelamente al adelanto de las ciencias naturales en general, a la Paleontología, Anatomía comparada, Psicoanalogía experimental, en particular, la teoría del naturalista inglés ha ganado ya la batalla; sus detractores han de refugiarse vencidos en el origen divino de la vida y en la anécdota de la creación del hombre. Es a Mendel a quien la ciencia debe en gran parte cuanto hasta la fecha se sabe de una manera científica sobre las leyes que rigen el fenómeno de la herencia. A sus trabajos han de sumarse los descubrimientos paleontológicos, trabajos de laboratorio, etc., que han conseguido escalar los grupos y especies de los seres organizados actuales, con las primeras manifestaciones de la vida, a pesar de separar unos y otros cantidades de tiempo que escapan a los límites de nuestra imaginación. Van desapareciendo los misterios y hoy tiene explicación racional el por qué y cómo unos grupos y especies se han transformado, desaparecido o subsisten

Sin discusión debemos admitir el hecho de que los progenitores poseen la facultad de transmitir a sus descendientes una parte de sus características anatómicas, anímicas o instintivas. El mecanismo de la tal transmisión no es todavía bastante conocida para incorporarlo de lleno en el haber de la ciencia. Se sabe que la célula posee una parte de ella denominada «genes» que pasa al nuevo ser para reproducir sus características propias, en el descendiente; cosa rara, pero, es el «genes» a quien los biólogos atribuyen también los cambios que aparecen entre ascendientes y descendientes. En el primer caso asistimos a un fenómeno de herencia; en el segundo a uno de mutación. Herencia y mutación, son las causas hasta hoy conocidas que confirman la teoría darwiniana y causas que el medio ambiente combate o favorece. Las doctrinas de Cuvier y Lineo, defensores ambos de la estabilidad de la especie, difieren radicalmente de lo mantenido por Darwin, ya que los primeros separan unas especies de otras, sin admitir sucesión entre las desaparecidas y las actuales, admitiendo, para una especie determinada la misma constitución morfológica que al aparecer por vez primera. La teoría evolutiva mantiene que las especies están en constante variación y que a la herencia y medio ambiente se deba el hecho de que unas especies se transformen en otras totalmente diferentes.

¿Qué es un delincuente?

Un producto de dos factores: herencia y medio ambiente.

Afirmación que aceptan la mayoría de los psicólogos, psiquiatras, pedagogos y criminalistas. Las causas, herencia y medio, como cantidades alge-

braicas para servirnos de ejemplo, pueden sumarse o restarse conservando el signo de la mayor; cuando la herencia aporta en el nuevo ser tendencias, predisposiciones o instintos para el delito, y el medio ambiente (familia, educación, instrucción, compañía, etc.), es favorable al desarrollo de los síntomas morbosos las dos cantidades se complementan, se ayudan, se suman. Si en otro caso, el mismo niño tarado psicológicamente, vive un medio saludable, recibe una acción educativa apropiada a su caso, se evitan los ejemplos que puedan avivar el deseo de delinquir, las causas herencia y medio, se restan con diferencia a favor de la acción de más fuerza.

Deducimos pues, que el medio puede desarrollar las inclinaciones heredadas, como puede atenuarlas y aun extirparlas por completo.

Todo delincuente ha sido un niño; niños han sido también todos los hombres de conducta moral y acción útil a la Sociedad. Jamás debemos afirmar que un niño sea un delincuente; es una expresión falsa por errónea. El niño puede ser un predispuesto al delito; nada más. Delincuente es para nuestro modo de pensar, el que con uso de la razón, en pleno equilibrio psicológico y con aprobación de su voluntad, comete un acto delictivo. Las leyes humanas, se humanizan a veces, rebuscando en la vida anímica del ejecutor, en la influencia del medio, en sus estados morales, atenuantes que siempre se hallan. Hay pocos delincuentes indiscutibles; hay muchas causas que incitan y conducen al delito. La herencia trata de crearlos, de presentarlos en embrión a la Sociedad; el medio ambiente, la Sociedad, tiene la obligación, el deber humano de librarse de ellos, asfixiando las tendencias heredadas.

Con lo dicho es suficiente para valorar la influencia del medio ambiente en el que se desarrolla la infancia; el papel que goza la educación en el porvenir del educando, que es, ni más ni menos el porvenir de la humanidad. Si hasta cierto punto no nos es factible suprimir la herencia, en manos de la Sociedad radica el remedio más eficaz, salvo raras excepciones, para atenuar el porcentaje de futuros delincuentes. No olvidemos el factor que juega un papel enorme en la educación; nos referimos al hábito. Tanto, que nos atrevemos a definir la educación como la acción de la Sociedad sobre la infancia para inculcarle el hábito a la moralidad física e intelectual. Es el hábito una segunda naturaleza que hace la acción más fácil, sin pena ni esfuerzo, sin reflexión; ventajas para cuando las acciones son morales; inconvenientes, y grandes, cuando las acciones son inmorales. Si el niño adquiere el hábito del delito, cuando el adulto será un peligroso delincuente. No basta la herencia morboza para la ejecución del delito; las más de las veces la inclinación o tendencia a él, queda inactiva, precisando la «ocasión» para pasar a la acción. Evitar la ocasión es casi evitar el peligro y esto es una de las primeras medidas profilácticas a tomar.

Problema social es, y de importancia máxima, el que nos ocupa. El hombre no nace delincuente, salvo casos de enajenación mental, perversidad innata, etc., pero la Sociedad actual cuenta con gran número de ellos y de sus acciones. Cada pueblo tiene los delincuentes que merece, o por lo menos los que ha creado.

No se trata de hacer de un niño malo, por emplear la expresión vulgar, en otro bueno, es más

fácil la misión; es simplemente evitar que llegue a ser malo.

¿Qué han hecho la Sociedad actual, los poderes públicos, la Iglesia, etc.? Tres veces cero. Tribunales de menores, códigos de adolescentes, cárceles disfrazadas con el nombre de Reformatorios (convento de las Arrepentidas, Zaragoza). Partiendo de un principio falso, como lo es el de creer que el niño es un delincuente, las medidas adoptadas son en su mayoría punitivas; delito y castigo son inseparables para ciertas mentalidades que legislan.

En los pueblos donde por fortuna se vive y respira una atmósfera más sana que en las grandes aglomeraciones humanas, el combate a la delincuencia es mucho más fácil y un maestro hábil, celoso y amante de la niñez, con ideales sociales, bastará, con la ayuda de la familia para ahogar ciertas tendencias morbosas. Padres, hermanos mayores, maestros del pseudo-delincuente, no deben alarmarse por alguna manifestación anormal o o inmoral del niño; si en él hay algo de malo, también hay mucho de bueno; que la acción educativa conjugada, familia-escuela, se encamine al cultivo de los sentimientos nobles y dignos, que logrado su desarrollo, ellos ahogarán en germen los síntomas del vicio, como en el trigo donde la hierba nociva nació espontánea muere a los pies del trigo crecido, por falta de aire y luz.

El problema es alarmante en París, Londres, Madrid, Barcelona, y en general donde reina la miseria, el dolor, el vicio. Ahí, se ven los niños libres como pájaros o como perros sin dueño. Libres para poner en acción sus instintos heredados, empujados por la necesidad, por el hambre (la mayor de las necesidades es comer), estimulados por el ejemplo. Ahí radica la cantera que dará a la Sociedad los delincuentes de todo género y tipo. En algunas capitales los cazan y recluyen.

Visité en mi juventud un llamado reformatorio. Su impresión ha perdurado en mí. Lloré, acaso por mis escasos años, acaso por ser demasiado sensible al dolor ajeno. Vivían en promiscuidad los viciosos con las víctimas, los ya casi veteranos, habituados, con los recién ingresados que todo su delito era habérseles encontrado abandonados por sus padres. Aquellas almas infantiles, veían con justeza, unos carceleros en los funcionarios de la institución, una cárcel en el edificio; la sociedad les había robado la libertad, los vigilantes eran sus adversarios. Es admirable ver cómo se indisciplinan, cómo reaccionan sus almas infantiles, cómo entre ellos obedecen al más audaz, cómo crece el instinto de venganza, cómo se ayudan, cómo se perfeccionan en el delito! Cuando la autoridad sea reemplazada por el amor, la severidad por la dulzura, la hostilidad de la reclusión por la amenidad de una vida en común, el temor por la esperanza, entonces los centros de acogimiento, de preservación moral, o como queramos denominarlos, serán capaces de librarnos en gran parte de los delincuentes. Cuanto se invierte inútilmente en tribunales, cárceles y otros instrumentos del castigo, dedíquese a impedir en el niño el desarrollo de las tendencias delictivas. Prevenir es mejor que curar.

Y a estos centros vayan los maestros mejores y capacitados de que dispongamos; que vea el niño su paraíso y no su cárcel; que se le inculque la fe en el porvenir, el sentido de la responsabilidad, la sublimidad de la colectividad humana, cuando se es digno de ella.

E. REGNE BARBANCE

EL JAPON

entre dos mundos



ACE cien años, en una mañana de primavera, los barcos de guerra del comodoro Perry, de la escuadra norteamericana del Pacífico echaron anclas en la bahía de Tokio. Era la estación anual del florecimiento de los cerezos, cuando los samurai y los siervos rendían tributo a los bellos espíritus, permaneciendo ellos mismos en estudiada contemplación de la Naturaleza.

La historia del Japón moderno, industrializado, peligrosamente sobrepoblado y no menos pletórico de energías, puede situarse a partir de aquella fecha de 1853. Es decir, la historia de una nación situada entre dos mundos, antes de las complicaciones de la presente guerra fría.

Durante cerca de 200 años, desde que el general Hideyoshi fracasó en su intento de apoderarse de Corea — en una guerra con introducción del primer buque acorazado — el Japón había vivido bajo rígido aislamiento — impuesto por propia voluntad — del resto del mundo. A los súbditos del Mikado les era prohibido navegar a través del Océano bajo pena de martirio y muerte. Los aventureros mercaderes que siguiendo el ejemplo de Marco Polo iban a la busca de nuevos mercados en Catay, trataban sin éxito de forzar las puertas del Japón. Los solos extranjeros — aparte algunos naufragos marineros, que fueron algunas veces bien tratados, acogidos más bien como objetos curiosos — que obtuvieron un trato de condescendencia en suelo japonés, fueron un pequeño grupo de comerciantes holandeses. Se les permitió a éstos, por el Dai-mayo de Nagasaki, establecerse en la isla, fuera de los arrabales de la ciudad. Y sirvieron aquellos de preciosa ilustración al estado de ánimo de los japoneses, en tiempos en que el tributo a pagar por estos occidentales, para sus actividades comerciales, era el sacrilegio.

A mediados del siglo XIX, sin embargo, las cosas cambiaron. Las influencias que contribuyeron al despertar del Japón fueron tanto internas como externas. El ímpetu principal del mundo europeo se hallaba encabezado por una nueva y creciente nación americana. Según Horace Greeley («jóvenes, marchad hacia el Oeste»), al gran descubrimiento del oro californiano y la apertura de nuevas rutas a través de las Montañas Rocosas, estimularon las ambiciones con miras, desde las costas americanas, hacia el Pacífico.

Posiblemente estas gentes jóvenes, que habían encontrado dificultades en la explotación de sus tierras, fueron hacia Oriente con diferente mentalidad que los primeros exploradores. En todo caso

hay que notar que abordo de la blanca flota de Perry había una importante colección de modelos de impresionantes invenciones, tales como la máquina de vapor, el ferrocarril, el arado de acero y, sobre todo, los eficientes cañones Colt y Gatling. Se había calculado intrigar con ellos a los aislacionistas nipones y se consiguió este propósito.

El factor interno puede resumirse en lo siguiente. La era del Shogunato se hallaba en plena descomposición interna. Durante siglos, los Shoguns fueron los verdaderos dirigentes del viejo Japón; no el Mikado. Este era reverenciado como un dios, como el descendiente directo de la Diosa-Sol que creó la divina raza de la isla; pero había sido aislado de la política por los Shogun, en funciones de primeros ministros. Estos guerreaban entre ellos para mantenerse en el poder.

Los últimos Shoguns, los Tokugawas, contemplaron la cultura japonesa — poesía, pintura, arquitectura y literatura dramática — en su cénit. Su preocupación por la comodidad, y su pereza, puede haber sido la causa de su ruina, el símbolo de su decadencia, allí como en otros lugares. La escuadra americana echó anclas a la sombra del sagrado Monte Fuji en el momento psicológico en que la revolución se mascaba en el ambiente. Había un serio descontento entre la joven nobleza, oredispuesta a ser la partera de un renacimiento japonés.

A un cierto joven noble, Shoin Yoshida, se le atribuye la concepción de la Gran Idea que iba más tarde a conmover el mundo. Su tesis era que el Divino Japón estaba predestinado a integrar a todo el Asia a la Grande y Próspera Esfera Asiática del Este. Shoin, por propio impulso, se acercó a nado a los buques norteamericanos, subió a bordo de la nave capitana y rogó a Perry le llevara consigo a América para conocer allí las maravillas que corresponderían a tan extraordinaria flota.

Shoin fué, de hecho, el prototipo de ese japonés vestido de negro, centinala en las ferias industriales británicas, armado con diminuta máquina fotográfica, dispuesto a sacar copia de cuanto incita más su fantasía que la furia por patentes originales.

Los hombres de Perry sufrieron un accidente diplomático que frustró sus negociaciones con los dirigentes de tierra firme. A consecuencia de ello Shoin fué desembarcado y más tarde ejecutado, pero no sin que antes agrupara a su alrededor a un número considerable de partidarios. Y fueron hombres de este tipo que tenían que triunfar, tras sangrientas conspiraciones, como dirigentes de la revolución que llevó consigo la llamada Restauración de Meiji en 1868. Un nuevo Mikado heredó el trono instalándose como emperador. Meiji parece haber sido un hombre extraordinario, pero es dudoso que

podiera superar a sus predecesores salvo en lo que de por sí planteaban las nuevas condiciones. Su era vió el desarrollo de un nuevo concepto de la realeza fundada en una Constitución escrita tendida como un puente entre la vieja mística japonesa y las prácticas corrientes entonces en Europa.

En Occidente se descifraron mal aquellos síntomas. No fueron las superiores virtudes del hombre occidental, ni sus decantadas habilidades en los problemas sociales lo que cautivó a los Shoin Yoshidas. Fué más bien la potencialidad occidental y la maquinaria que la respaldaban. Fué, pues, la preocupación de adopción en grande escala de aquella técnica, a los fines del Poder, que produjo la revolución industrial en el Japón. Fué una revolución planeada desde la cumbre. No se registró allí el caso de rebelión de una clase media de banqueros, comerciantes y artesanos unidos en el propósito de desplazar para siempre a los dirigentes de la clase aristocrática. Esto, que había sido lo corriente en Occidente, fué un proceso secundario en el Japón.

Los planificadores japoneses no estaban sentimentalmente interesados en cosas tales como el bienestar social y la educación. No obstante, construyeron escuelas y colegios técnicos en grado fantástico. Contrataron técnicos extranjeros que les permitieran desenvolverse un día por sus propios medios. Perseguían con ello el objetivo de asegurarse a corto plazo una adecuada y competente mano de obra necesaria para asegurar el proceso de industrialización. Y recurrieron, al mismo tiempo, a los ingleses, para que les enseñaran a construir navíos, a los franceses para modelar el propio ejército y a los alemanes para los efectos del servicio sanitario. Muchas naciones retardadas han intentado, antes y durante aquella época, levantarse por sus propios medios, emprendiendo programas de industrialización. Como los japoneses, compraron máquinas en los países ya industrializados. Pero pocos demostraron tener la visión de los dirigentes japoneses de aquel período: emprender la superación de un pueblo campesino, con la educación como instrumento, para mejorar sus deficiencias laborales. El resultado fué tan sorprendente que el Japón actual cuenta con una instrucción media tan elevada como la correspondiente a Gran Bretaña.

El éxito de los dirigentes revolucionarios fué tal que en 1895 —a un cuarto de siglo de distancia de la puesta en práctica de la modernización— el Japón estuvo en condiciones de poner en pie de guerra un ejército de tipo occidental, de derrotar a los chinos coreanos, consolidar esta victoria en diez años más, y batir más tarde al ejército zarista en tierra y en alta mar. La batalla del Estrecho de Tsushima, que decidió la guerra de 1905, fué una de las más decisivas en toda la historia naval, con la particularidad de que ambas flotas procedían de los astilleros británicos.

Uno de los efectos más notables de aquella victoria fué que hizo doblar las campanas en son lúgubre para el colonialismo occidental del siglo XIX.

La derrota de los rusos vió al nuevo Japón alcanzar el cénit de su popularidad en Gran Bretaña. Canciones sobre los «bravos soldados japoneses» eran escuchadas en los musicoles del Reino Unido. Y era de moda decir que el Japón, en tanto que reinado insular vecino a un gran continente, podía ser considerado como la «Inglaterra de Oriente». Mirado superficialmente, el rápido resurgir del Japón parece más bien una copia al carbón del llama-

mado progreso occidental. Esto no es exacto. Por primera vez en la historia, un pueblo asiático había alquilado en gran escala los arreos de Occidente pero sin permitir por un momento que lo alquilado pudiera servirle de estorbo. Las maneras y costumbres japonesas sufrieron solamente un ligero cambio. El mito de la Raza Divina, la noción del Destino del Japón fué más bien fortalecido.

A medida en que el cuadro económico del mundo era más o menos favorable, hubo esperanzas de que el nuevo Japón cambiaría la agresividad inherente en sus tradicionales actitudes. Después de todo, tras haberse modelado en gran parte —superficialmente al menos—, sobre todo durante el período victoriano inglés, nada más natural que su manifiesto deseo de colonias. Los coreanos no lo reconocerán tal vez pero no puede negarse que el Japón ha hecho muy constructivo trabajo con su explotación de las riquezas de aquella península.

Hubo entre sus líderes muchos hombres de amplia cultura que han viajado y, como consecuencia, perdido algo de los viejos prejuicios afincados durante más de 200 años de aislamiento. Estos introdujeron en su país un grado creciente de liberalismo. El más brillante aunque breve período, fué el de 1920, en que se adoptó el sufragio universal en las elecciones generales para la Baja Cámara de la Dieta. Las organizaciones obreras empezaron a moverse. En general hubo un reblandecimiento en el viejo, tradicional y feudal paternalismo gobernante. Pero con la depresión económica el latente militarismo apareció en la superficie. La depresión mundial de 1930, que produjo casi en todas partes el embargo de los productos japoneses, el cierre o mengua de los mercados, marca el fin de un capítulo. Lo que ocurrió después, la invasión de Manchuria, más tarde la de China y finalmente la desesperada guerra contra el Occidente fué, a los ojos de los japoneses, algo inevitable y lógico. La única sorpresa fué la derrota.

Esta situación puede muy bien repetirse ahora. Seis años de ocupación por los ejércitos de Mac Arthur, durante los cuales un número de bien intencionados americanos emprendieron la tarea de reformar un pueblo entero, han transcurrido. Es demasiado pronto para predecir qué huellas de su trabajo pueden ser permanentes, aparte ciertos pasos concretos o prácticos encaminados a restaurar y a aumentar la industria japonesa de pre-guerra. La bomba atómica ha creado tal vez en los hombres que usaron de ella una especie de complejo de culpa; pero mientras los Estados Unidos y sus aliados pueden creer que una compensación ha sido satisfecha, es dudoso que los japoneses tengan esta misma impresión. Por lo contrario, a despecho de los millones de hombres que perecieron durante la guerra, la reclamación japonesa de «espacio vital» puede ser más apremiante que nunca. A principios de 1946 su población era de 75 millones; hoy cuenta con 85, y en 1970 puede ser de 100.000.000.

La flota mercante japonesa, construida para sobrevivir como nación insular altamente industrializada ha iniciado recientemente su proceso de restauración. El Japón ha perdido Corea. Por otra parte, hasta cierto punto, el Japón se aprovecha hoy más que nunca de Corea, o más bien de la guerra coreana. Ha perdido también sus posesiones en el Pacífico. Ha perdido Manchuria en la que había hecho grandes inversiones. Pero lo más importante es su separación del continente chino. Verdaderamente, a no ser por cierta imposibilidad evidente —un país industrializado no puede retroceder—, el Japón

actual podría encontrarse maduro para un retorno al aislamiento. La posición del Japón entre ambos mundos es más inestable que nunca. Se reconoce en Asia que, a no ser por el mito de la superioridad europea, muchos de los Estados independientes de aquella área —desde Filipinas a Birmania, incluso India y Pakistán— debieran ser todavía dependencias. No obstante, se está muy lejos de aceptar al Japón como líder de cualquier coalición asiática. El recuerdo de la Grande y Próspera Esfera imperialista es demasiado fresco. El Japón desea comerciar con China, tiene necesidad de las primeras materias que aquella puede ofrecerle y de un mercado allí para sus productos manufacturados. Sin embargo, se siente incapaz de hacerlo por temor a provocar las iras de los Estados Unidos, quienes a su vez están obligados a indemnizarle de cualquier forma, y continuarán haciéndolo mientras persistan las necesidades americanas de bases japonesas, indefinidamente quizás.

No hay pues que maravillarse de que las recientes elecciones japonesas hayan marcado una inclinación

hacia la derecha. La nueva Dieta incluye a 136 miembros que fueron «purgados» por los ocupadores. Uno de ellos, el coronel Masanobu Tsuji, fué oficial de estado mayor durante la conquista japonesa de Malaya. Este ha escrito un cierto número de libros, uno de ellos de gran éxito publicitario, oponiéndose al programa de rearme del gobierno y de las autoridades americanas. En lugar de esto propicia la formación de una milicia para la sola y exclusiva defensa del Japón. Esta oscilación hacia la derecha no quiere decir que el temor hacia Rusia y el comunismo, agitado por el actual grupo dirigente, encuentre un eco en el electorado. Se trata más bien del reflejo de una tendencia hacia el nuevo Viejo Japón. No hay que confundirlo con el «neutralismo». La posición japonesa de entremedias le ha impuesto un aislamiento espiritual «sui géneris».

Stephen BARBER

(De «The Geographical Magazine», Londres, enero 1953).

AL DIA con LA CIENCIA

EL TABACO Y EL CANCER. — Los médicos que estudian las posibles conexiones del fumar con el cáncer pulmonar necesitan mayor cantidad de hechos antes de poder contestar afirmativamente las siguientes preguntas: El fumar, ¿ocasiona el cáncer? ¿Es ello pura coincidencia? ¿Hasta qué extremo? De una determinada cantidad de casos estudiados en los Estados Unidos y en Gran Bretaña se pueden deducir algunos síntomas, pero nada más. Recientemente, el «British Medical Journal» publicó un importante estudio que contribuye bastante a contestar algunas de las preguntas sobre las cuestiones básicas que intrigan a los doctores y plantea al mismo tiempo nuevos problemas.

Dos estadísticos que trabajan para el «Britain's Medical Research Council» llegan a la conclusión de que hay una relación entre el fumar y el cáncer pulmonar. El Dr. Richard Doll y el profesor A. Bradford Hill han controlado datos sobre la vida de 1.457 pacientes afectados de cáncer pulmonar (1.357 hombres y 108 mujeres) y comparados sus datos con los de igual número de hombres y mujeres de la misma edad que permanecen en los mismos hospitales, afectados de diversas enfermedades. Para corregir las variaciones locales extendieron su trabajo a cinco ciudades británicas y dos condados rurales.

Entre los hombres con cáncer pulmonar sólo la mitad del 1 % no eran fumadores; el 25 % eran fumadores empedernidos (25 o más cigarrillos por día o el mismo equivalente en tabaco de pipa, durante diez años o más). Entre los pacientes no cancerosos del sexo masculino, el 4 y medio por ciento eran no fumadores y el 13 y medio por ciento eran grandes fumadores. El promedio de muertes por cáncer pul-

monar entre los no fumadores de 45 a 64 años es insignificante entre los grandes fumadores de la misma edad, asciende de un 6% a un 10%. Existe un enigmático contraste en los datos relativos a mujeres. Entre éstas, el 37 % de las afectadas de cáncer pulmonar no eran fumadoras.

Los investigadores británicos no encuentran notable diferencia entre los fumadores que aspiran el humo y los que no lo hacen. Los fumadores con pipa parecen menos expuestos a la enfermedad que los fumadores de cigarrillos. El uso de filtros parece ofrecer una pequeña protección. En las colinas de Dorset los grandes fumadores se muestran menos expuestos a la enfermedad que sus compatriotas de la ciudad. Los investigadores dicen que, posiblemente, algo existente en el humo del cigarrillo, combinado con algo que existe en el aire de la ciudad, puede ser más poderoso estimulante del cáncer pulmonar que cada factor por separado.

En suma, afirman que «la asociación entre el fumar y el cáncer pulmonar es real». Pero no se atreven a afirmar que el fumar sea la sola causa del creciente promedio de muertes e incluso que constituya un factor en cada caso. Hay todavía mucho que aprender sobre el desarrollo de la enfermedad.

UN NETO DE DARWIN REIVINDICA A MAL-THUS. — Hay todavía quien se esfuerza en predecir el futuro de la especie humana durante los próximos millones de años. Se trata nada menos que de Carlos Galton Darwin, nieto del famoso Carlos Robert Darwin, autor del «Origen de las Especies» y del darwinismo. El reciente libro del primero, «The

next Million Years», bien que escrito en un inglés dulce, es una píldora amarga para los fanáticos del progreso humano. «El futuro de la especie humana —afirma el autor— será idéntico a su triste pasado».

Carlos Galton Darwin es un físico teórico que gusta de invadir el terreno sociológico temido por muchos sociólogos. Sus conceptos sobre el futuro del hombre están basados en la llamada física social, o sea que la suerte futura del hombre puede ser prevista mediante los métodos estadísticos empleados por los físicos con referencia a gran número de moléculas.

Los físicos saben, por ejemplo, que los movimientos de las simples moléculas de ciertos gases son imprevisibles. Estas pueden moverse veloz o lentamente, en zigzag y en cualquier dirección. Pero el impacto de billones de moléculas gaseosas contra una superficie restringida produce una intensa presión que obedece a simples y definidas leyes.

En consecuencia, Carlos Galton Darwin cree que los movimientos de los seres humanos son caprichosos aunque algunas veces remarcables; pero el proceder de gran parte de los hombres, a través de largos períodos de tiempo, es tan predecible como la presión de los gases. Lo importante es determinar el promedio básico de las propiedades de las «moléculas» humanas.

Bajo su punto de vista, las moléculas humanas revisten una propiedad fundamental que domina a todas las demás: tienden a incrementar su número por encima de sus posibilidades de alimentación.

Es ésta la teoría de Thomas Malthus, un contemporáneo del ilustre abuelo del autor, cuyas sombrías predicciones han obsesionado al hombre durante 150 años.

El abuelo Darwin afirmaba con Malthus que la población crece en progresión geométrica. Esta ha aumentado mucho, pero aumentará mucho más en el futuro. Los alimentos, por otra parte, aumentan solamente en progresión aritmética, o sea por simple suma.

«El ritmo natural de crecimiento de los pueblos pasablemente bien alimentados —dice Carlos Galton Darwin—, condúcelos a doblar su población cada cien años. Para poder alimentar a esta doble población la producción de alimentos tiene también que ser doblada. Eso es, doblar el área de tierra cultivada actualmente o doblar su rendimiento. En el próximo siglo la población doblará otra vez, y el suelo tendrá que producir cuatro veces los alimentos que produce ahora.»

Carlos Galton Darwin admite que la actual producción de alimentos puede ser aumentada. Afirma, por ejemplo, que el procedimiento de convertir la madera en alimento para los humanos podría ser un gran paso hacia la solución. Los alemanes pusieron en práctica este simple procedimiento durante la segunda guerra mundial, y en los Estados Unidos se ha producido «melaza de madera», aunque en pequeñas cantidades, como alimento para el ganado.

Pero el autor no se deja absorber por tan pequeños detalles, que en su escogido margen de un millón de años tienen apenas importancia. Cada triunfo laborioso en la producción de alimentos no hará más que aplazar el día fatal. La población de la Tierra irá doblando, doblando, doblando siempre. Tras diez siglos de bien alimentada multiplicación habrá aumentado 1.024 veces. En el caso inverosímil de que la progresión de los alimentos marche al mismo paso, cien años más de

multiplicación representaría la catástrofe. En el año 3953 la Tierra estará cubierta con una capa de gente parecida al moho que cubre un queso Camembert, y esta población necesitará un millón de veces los alimentos que produce ahora. «Es completamente imposible a cualquier progresión aritmética luchar contra la progresión geométrica», afirma el nieto del autor del «Origen del Hombre». Cuando la aritmética sucumbe ante la geometría, el crecimiento de la población se paraliza. Los niños que nacieron perecerán de enfermedad o de desnutrición antes de que puedan volver a rellenar la Tierra.

Esta forma de razonar es tan vieja como Malthus, y Carlos Galton Darwin conoce los argumentos empleados contra aquél. Uno de ellos es el que afirma que la población de la Tierra ha crecido enormemente desde los tiempos de Malthus, y que, sin embargo, está mejor alimentada que antes. He aquí la réplica. La Humanidad ha vivido en una Edad de Oro fugaz debido al impacto de la ciencia en los transportes y en la agricultura. Cuando termine esta Edad de Oro (y su meta está a la vista), muchas de las criaturas de la Tierra perecerán de inanición.

Otro familiar argumento antimalthusiano dice que los modernos métodos de control de nacimientos son capaces de mantener la población del mundo a un nivel manejable. Esto ocurre actualmente en muchas naciones, incluso en aquellas más bien alimentadas. Y tal vez algunos países como la India, donde la población se multiplica rápidamente, podrá ser inducida a obrar de esta manera.

Pero el nieto de Darwin sacude su gris cabellera contra esta esperanza. La limitación de nacimientos es posible biológicamente pero no sociológicamente. De acuerdo con la ley sociológica de Gresham («la falsa moneda suplanta a la buena»), los pueblos que restringen sus nacimientos «son suplantados por los que no lo hacen. Las razas rezagadas y ambiciosas están seguras de poder desafiar las reglas de limitación de nacimientos y de multiplicarse ellas mismas deliberadamente a expensas de sus prósperos y restringentes vecinos.

«Podrían tomarse —afirma Galton Darwin— drásticas medidas, por un gobierno mundial todopoderoso, para limitar la población de la Tierra; pero un tal gobierno no podría perdurar sino algunos siglos. Iría debilitándose paulatinamente y las razas y creencias refractarias se servirían del útero de sus mujeres como arma de agresión social».

Las conclusiones de Carlos Galton Darwin son de que la raza humana pasará todavía por una serie de altos y bajos, por algunas edades doradas transitorias, pero la filogenética presión de sus moléculas sociales está llamada a imponerse finalmente. A pesar de lo que con la población puedan intentar la ciencia, el gobierno y la religión, aquella se multiplicará como hace cierta clase de insectos. La estabilidad se producirá solamente cuando el exterminio por inanición alcance un límite tope.

He aquí, aunque distante, el único rayo de esperanza. Según los cálculos del autor de «The next Million Years», el prototipo de las especies animales persistirá durante cerca de un millón de años sin transformación apreciable. Más allá de este límite, la especie humana, muy joven todavía, puede producir una nueva especie. Y tal vez el nuevo ser humano sea capaz de mantener su número ajustado a sus reservas alimenticias, sin ayuda del exterminio por hambre.

LAS UTOPIAS

UNA OJEADA A LA VIDA EN TIERRA LIBRE

AÑO 2040

(Conclusión)

— V —

«El Estado debe ser abolido... Los cambios de forma de gobierno son meros juegos de grado. Tontería, más o menos, todo ello.»

IBSEN.



Li joven contestó: —El sistema parlamentario, el gobierno de la nación, el mecanismo de fuerza y violencia, han sido abolidos. Eran males gemelos en todos sentidos. Había miles de leyes repletas de errores, producto de muchos siglos, leyes que nadie podía comprender debidamente. Los abogados, la gente experta en leyes, rara vez poníanse de acuerdo sobre la forma de interpretarlas. En cuanto a los gobiernos, su recuerdo, evoca hoy en nuestras mentes los instrumentos de represión y de martirio: armas, prisiones y

guerras. Todas estas instituciones representarían un anacronismo en nuestra presente civilización. Hombres y mujeres tiene actualmente un mejor sentido de las cosas. Las gentes creían que nuestro sistema implicaría perder el tiempo en discusiones. No es verdad, pero de serlo sería un bajo precio a pagar por salvarnos de los errores del Estado. Que yo sepa el Estado no se ha distinguido nunca por la rapidez en la aplicación de ninguna clase de reforma. En cierto sentido tenemos nosotros un Parlamento, pero sin autoridad legislativa ni ejecutiva. Se celebra anualmente un congreso de delegados de varios grupos o asociaciones para discutir las cuestiones públicas. Se trata de una asamblea consultiva similar a la antigua Asociación Británica para el Avance de las Ciencias. Sus deliberaciones han sido muy productivas. Pero carece de autoridad en el sentido de obligación o violencia. Todos nuestros órganos consultivos carecen de ese poder. Los antiguos gobiernos, como se recordará negociaban a veces sin compulsión violenta entre ellos. No podían estar continuamente en guerra. Pero de hecho el poder más fuerte oprimía al más débil. El primero se veía obligado a poner en práctica métodos sutiles, procedimientos sin autoridad coercitiva en sus negociaciones. Entre nosotros se impone el hábito o la costumbre; el principio de intimidación ha caído completamente en desuso. Cuanta la historia de que los antiguos esclavos liberados quedaban perplejos. Un sentimiento similar ha sido un gran determinante del progreso.

—¿Qué hay acerca del delito?—preguntó el viejo.

—Hemos vuelto a los viejos tiempos de la idea de tribu comunal con respecto a eso. Naturalmente con un exacto conocimiento del momento presente. Existen sociedades que tratan específicamente de estos problemas. Puede decirse que estamos mucho más avanzados de lo que las fuerzas policia-

cas estuvieron nunca. Las condiciones sociales y las leyes de aquellos tiempos producían el delito y los criminales. Nosotros, más afortunados, estamos viviendo una era que favorece las ideas y las relaciones sociales racionalmente. Nuestros delitos obedecen principalmente a deformación fisiológica o deficiencia mental. Un buen ejemplo es que hemos abierto camino al buen entendimiento internacional por medio de la lengua auxiliar Esperanto. Su autor había sido impresionado por el antagonismo entre las diferentes razas del género humano, producto de la multiplicidad de lenguas. Centenares de millones de hombres hacen uso ahora de este medio útil de intercomunicación, y ha ayudado poderosamente a cimentar en todas las naciones una verdadera conciencia de hermandad. Las lenguas universalmente habladas hacen su papel y tienen sus defensores.

—En el pasado—insinuó el viejo—temíase que si las condiciones sociales mejorasen, la demanda de alimentos excedería a la capacidad para proveerlos para el mantenimiento de la población.

—Esos temores no pueden sostenerse hoy. Un alto nivel de civilización o crecimiento del nivel medio intelectual conduce más bien a una disminución de la población. Pero las influencias dominantes hoy son, primero, una común y más amplia comprensión científica de los problemas del sexo, y, segundo, también un conocimiento de lo que llamamos control de la natalidad. Además, la gran mayoría de los hombres y mujeres desean vivir para algo más que para la mera procreación de la especie. Los organismos producto de la pura procreación son siempre deficientes. Nosotros somos hombres.

— VI —

«El destructor es también un constructor.»

J. GREENLEAF WHITTIER.

—Excúsame por tantas preguntas, pero deseo hacerte otra: ¿cómo se operó tan radical transformación? En mis tiempos de niño, tales alteraciones sociales se creían improbables.

—Ese punto de vista era hasta cierto punto razonable. Por mi parte voy a contarte la historia tal como llegó a mi conocimiento. Hace unos 65 años, un gobierno brutal e inhumano amenazó con invadir Europa y Asia con millones de esclavos entrenados para la guerra (reclutas, se les llamaba). Los gobiernos de los países amenazados combinaron sus fuerzas y poderes. Ambos bandos poseían las armas destructivas más terribles. Eran capaces de enviar por el aire enormes proyectiles que hubiesen destruido no sólo los ejércitos sino las más grandes ciudades con sus habitantes. La guerra no tuvo lugar pero hubo un pánico universal. Los ejércitos de los poderes agresivos se dispersaron. Lle-

garon los soldados a la conclusión de que nada podría ser peor que la destrucción que amenazaba al mundo. Sus despóticos gobernantes no pudieron contenerlos. Las fuerzas enemigas se negaron también a atacar. Los comunes intereses de todos los pueblos pedían la paz. Fué en estas circunstancias que se produjo una revuelta mundial contra el sistema que había fraguado el exterminio de la especie humana. Cundió como una epidemia la idea de una nueva concepción social. Hubo un rechazo universal a reconocer la autoridad de cualquier gobierno. El concepto de libre comunidad fascinó al género humano. El sueño de todos los mártires llenó los corazones de todos los hombres, así como sus cerebros. Principalmente, las mujeres influyeron enormemente en los hombres en la tarea de reconstrucción social, tomando ellas mismas a pecho esa tarea. Desde aquellos tiempos el progreso no ha cesado. Ningún hombre aceptó nunca más su sumisión a otro hombre y a dejar por él a los otros. Nuestros padres nos han legado esta buena herencia, y sería indigno de nosotros el perderla.

—Te estoy profundamente agradecido por tu amabilidad —dijo finalmente el viejo—. Comprenderé en adelante con mayor claridad cuanto vea. Estoy convencido de la veracidad de tus palabras y me congratulo de haber vivido bastante para poder contemplar por mis ojos esta era de liberación y de justicia. Ciertos versos que tuve por favoritos

cuando joven parecen escritos para glosar estos días presentes. Fueron escritos por el poeta J. A. Symonds, y son los siguientes:

*«Estas cosas sucederán.
Surgirá una raza más elevada
Que todas las que el mundo ha conocido.
Con resplandores de libertad en el alma
Y luz de inteligencia en los ojos.
Serán gentiles los hombres, bravos y fuertes,
No para derramar la sangre humana;
Para hacer durable cuanto el hombre adora:
El fuego, el mar y el aire.
Nación con nación, país con país,
Libres y sin armas vivirán los hombres,
Latente en cada cerebro y en cada corazón
El pulso de la fraternidad.
Nuevas artes, de inspiración más elevada.
Música poderosa, vibrante.
Cada vida una canción.
Y la Tierra toda un paraíso».*

George CORES

(Traducción de J. Ruiz).

ESPAÑA

vista por sus escritores



OS lamentamos mucho los españoles, y no soy yo por cierto el que menos se lamenta, de que en tierras extrañas anda perdido nuestro crédito, de que se forma un concepto muy bajo de nosotros, y de que, por decaído que esté nuestro país, todavía se finge en peor y más deplorable estado.

El fundamento de estas lamentaciones es tan claro que está de más el manifestarle aquí ahora. Es un hecho indudable que casi todas las naciones de Europa nos miran con el más soberbio desdén, extremándose en esto los franceses y los ingleses, cada cual a su manera. Lo extraño es la crasa ignorancia de nuestra historia, de nuestra civilización y de nuestra vida, en que apoyan el desprecio. Por lo general, de España se sabe menos en Londres o en París que del Japón o de la China. No es esto afirmar que, si se supiese más, nos estimarían más. Esto es afirmar meramente que se sabe poco, y que nos ven a través de mil extravagantes preocupaciones, las cuales, como prisma engañoso, dislocan todas las figuras, las trastruecan y las barajan, y las pintan con un coloreado que no tienen. Don Quijote, Gil Blas, la Inquisición, el fandango, nuestro cruel fanatismo y algo de oriental, arábigo o berberisco que hemos heredado de los moros, forman los principales elementos con que todo francés o todo inglés

produce en su mente la imagen, la idea fantástica que tiene de España y de los españoles. A esto añade, bien sea resultado de la propia experiencia por haber viajado por España, bien resultado de noticias de otros viajeros, o bien efecto de la natural petulancia, lo mal que se guisa aquí, el pícaro olor de aceite y las infames posadas, y a veces, como compensación de tantas molestias, lo lindas, salerosas y fáciles que son nuestras mujeres, empleadas sólo en amar por falta de otro empleo, y propensas y extasiarse y rendirse a los irresistibles hechizos del último comisionista, que naturalmente debe de parecerles un semidiós, por lo adelantado, culto y pulido, si se le compara con sus zafios y groseros compatriotas...

En Francia, habrá unas tres o cuatro mil personas que estén algo enteradas de lo que somos y nos estimen en más o menos, pero con conocimiento de causa, mientras que la gran mayoría nos cree unos bárbaros rarísimos y disparatados, que no hacemos más que pronunciarnos, dar serenatas, amar, bailar el bolero, alimentarnos con un cigarrillo de papel y una naranja china, y salir a tomar el sol embobados en la pañosa.

Los tres o cuatro tipos ideales en que se cifran todas las diferencias de españoles son Don Quijote, Sancho Panza y Gil Blas de Santillana. Como corolario pueden también entrar en la colección de dichos tipos el Don Páez de Musset,

el Don Burgos, bandido protagonista de un baile de grande espectáculo, y Gastibelza, «l'homme à la carabine», de una canción de Víctor Hugo. Al buen burgués de París, a la dama elegante, al hombre de negocios, y casi siempre al hombre de Estado, no hay forma de infundirle otra idea de los españoles.—*Juan Valera.*

...

Dice Chateaubriand, hablando de los españoles como soldados, que nuestro empuje en el campo de batalla es irresistible, pero que nos conformamos con arrojar al enemigo de sus posiciones, en las cuales nos tendemos, con el cigarrillo en la boca y la guitarra en las manos, a celebrar la victoria.

Si despojamos a esta pintura del colorido francés que la califica, nos queda en ella un exactísimo retrato del carácter español, no sólo en la guerra, sino en todas las imaginables situaciones de la vida.

Ya que no la guitarra, la pereza nacional nos absorbe los cinco sentidos, y sólo cuando el hambre aprieta, o la bambolla empuja, o la curiosidad nos mueve, sacudimos la mororra. Entonces embestimos con el lucero del alba, para estar donde él estuvo, medrar de lo que medró y hacer cuanto él hizo. Pero de allí no pasamos. Nuestra política, nuestra industria y nuestra literatura contemporáneas lo declaran bien alto. Todo el mundo nos lleva la delantera, y siempre estamos imitando a todo el mundo, menos a andar solos y por delante. Vivimos de sus desechos y cada trapo que cogemos nos vuelve locos de entusiasmo, como si se hubiera cortado para nosotros.

Así estamos llenos de *conquistas* y *títulos* a la adoración de las naciones extranjeras. Todos somos *ilustres* estadistas, *invictos* guerreros, *sabios* hacendistas, *insignes* literatos, *laboriosos* industriales y *honrados* obreros. Hemos tenido códigos a la francesa, códigos a la inglesa, códigos a la americana. *Revoluciones* de todos los matices, *reacciones* de todas las castas, *triumfos* de todos los calibres, *progresos* de todos los tamaños. Y a la presente fecha, el ciudadano que tiene cama propia se cree muy rico. La escasa industria desaparece antes que la hacienda la devore. Los *bufos* imperan en el teatro. El hijo de Paul de Kock en la novela. Los Panchampla en desfiladeros y caminos reales, y la navaja del honrado menestral desbandulla en las plazas públicas, a la luz del mediodía, las víctimas a pares. De manera que quien nos comprara por lo que decimos y nos vendiera por lo que hacemos, buen pelo iba a echar con el negocio. A hacer cosas nuevas y útiles nos ganará cualquiera; pero a poner lo que hacemos no hay quien nos eche la pata, ni a hacerle mal y fuera de sazón, tampoco.—*J. M. de Pereda.*

...

Cuando se examina la constitución ideal de España, el elemento moral y en cierto modo religioso más profundo que en ella se descubre, como sirviéndole de cimiento, es el estoicismo, no el estoicismo brutal y heroico de Catón, ni el estoicismo sereno y majestuoso de Marco Aurelio, ni el estoicismo rígido y extremado de Epícteto, sino el estoicismo natural y humano de Séneca.

Séneca no es un español, hijo de España por azar: es español por esencia. Y no andaluz, porque cuando nació aún no habían venido a España los vándalos; que a nacer más tarde, en la Edad Media quizás, no naciera en Andalucía, sino en Castilla.

Toda la doctrina de Séneca se condensa en esta enseñanza: No te dejes vencer por nada extraño a tu espíritu; piensa, en medio de los accidentes de la vida que tienes

dentro de ti una fuerza madre, algo fuerte e indestructible como un eje diamantino, alrededor del cual giran los hechos mezquinos que forman la trama del diario vivir; y sean cuales fueren los sucesos que sobre ti caigan, sean de los que llamamos prósperos, o de los que llamamos adversos, o de los que parecen envilecernos con su contacto, mantente de tal modo firme y erguido, que al menos se pueda decir siempre de ti que eres un hombre.

Esto es español, y es tan español, que Séneca no tuvo que inventarlo, porque lo encontró inventado ya: sólo tuvo que recogerlo y darle forma perenne, obrando como obran los verdaderos hombres de genio. El espíritu español, tosco, informe, al desnudo, no cubre su desnudez primitiva con artificiosa vestimenta; se cubre con la hoja de parra del senequismo. Y este traje sumario queda adherido para siempre y se muestra en cuanto se ahonda un poco en la superficie o corteza ideal de nuestra nación.

Es inmensa, mejor dicho, inmensurable, la parte que al senequismo toca en la conformación religiosa y moral y aun en el derecho consuetudinario de España; en el arte y en la ciencia vulgar; en los proverbios, máximas y refranes, y aun en aquellas ramas de la ciencia culta en que Séneca no paró mientes jamás. Así, por haber tenido nuestro filósofo la ocurrencia genial y nunca bastante alabada y ponderada de despedirse de esta vida por el suave y tranquilo procedimiento de la sangría suelta, ha influido en nuestras ciencias médicas tanto como Hipócrates o Galeno.

España sola sobrepaja a todas las demás naciones juntas por el número y excelencia de sus sangradores. El supremo doctor alemán es el doctor Fausto, y el supremo doctor español es el doctor Sangredo, no obstante haber existido también su rival el famoso congénere, el doctor Pedro Recio de Tirteafuera. Y jamás en la historia de la humanidad se dió un ejemplo tan hermoso de estoicismo perseverante como el que nos ofrece la interminable falange de sangradores impertérritos, que durante siglos y siglos se han encargado de aligerar el aparato circulatorio de los españoles, enviando a muchos a la fosa, es cierto, pero purgando a los demás de sus excesos sanguíneos a fin de que pudieran vivir en relativa paz y calma. Y, ¿quién sabe si el descubrimiento de la circulación de la sangre por Servet, que en definitiva es lo único notable que los españoles han aportado a la ciencia práctica de los hombres, no tendrá también su origen en Séneca y en la turbamulta de sus acólitos?—*Angel Ganivet.*

...

España es un país naturalmente pobre, y si lo es el suelo árido, tardío o violentamente fecundado por la lluvia, natural es que lo sea quien lo habita. Por eso de nuestro parasitismo social hay que hacer el correspondiente descuento, atribuyéndolo a nuestro parasitismo natural. El año estéril es fecundo en enfermedades y miserias, y por eso se dijo en época de escasez: «¡Librete Dios de la enfermedad que baja de Castilla y del hambre que sube de Andalucía!»

Estudiando históricamente estas condiciones, que es como deben estudiarse, y hoy más que nunca, en que orgánicamente se concede excepcional importancia a las influencias históricas que se revelan en los individuos y en los pueblos, nuestra índole parasitaria se puede definir por un estado de siglos inacabables de lucha del hombre con el hombre, que impide la lucha del hombre con el medio natural para dominarlo, siendo, como es este medio, de los más difíciles de vencer.

La guerra, que impide la constitución agraria y la constitución industrial, se traduce en fenómenos de despoblación del territorio y en fenómenos de despoblación de aquella base fundamental del carácter que constituye las condiciones nutritivas de un país. Un estado de guerra permanente, como ocurrió en España, no sólo en los ocho siglos

de la reconquista, sino en su expansión europea y ultramarina y en el largo y lamentable período de sus guerras de sucesión y sus luchas civiles, merma la producción, limita el cambio y lo reduce todo a absorber y a eliminar.

Si la población española hubiera de ser el resultado de las incalculables multitudes que vinieron a establecerse en nuestro territorio, seguramente que España sería de los países más poblados de la tierra. Aquí vinieron no ejércitos, «sino razas esteras», que en su inmensa parte se eliminaron en la lucha. Por lo que pudiera añadirse que si la riqueza naciese, no de la sangre transformada en energía productora, sino en la sangre vertida, España sería el país más espléndido del orbe.

A los fenómenos de despoblación, que se traducen en campos incultos y aldeas miserables y diseminadas, con pocas poblaciones activas y robustas, lo que equivale a una deficiente base nutritiva en el país, debe añadirse, como consecutivo al ejercicio constante de la guerra, la propensión nobiliaria, que ya por herencia o por esfuerzo personal, va creando, con merma de los oficios, donde cada uno podía repetir lo de «no tengo oficio porque en España los hidalgos no lo aprenden», lo que se ha llamado exactamente «especie de democracia de la vieja España, fundada en los humos de grandeza de todos».

Y esta nobleza, que es humo en el sentido de ser noble «sin tener donde caerse muerto», y que impone la condición de conservar las leyes de la hidalguía, que en los hidalgos pobres «es andar rotos y descosidos, con guantes y calzas atacadas», produce por compensación y privilegio el fenómeno hipertrófico, consecuente a la atrofia general, de una aristocracia y un alto clero poderosos y llamativos como el torreón y el campanario en las áridas y desconsoladoras soledades castellanas.

Juzgando ahora la constitución nacional creada por inclemencias naturales y fatalidades históricas, resulta en primer término una lucha desigual, y por desigual deprimente, del hombre con la tierra; una industria poco consistente y poco atractiva por la escasez de centros, de recursos y de cambios, una tendencia nobiliaria que divorcia a lo más inteligente del país de los consorcios productores, y una aristocracia y un alto clero absorbentes.—*Rafael Salillas.*

...

¿España es verdaderamente religiosa? Creo que, en el fondo, no. Cuenta Georges Lainé que preguntó a un sacerdote gaditano: «¿Hay una corriente de opinión republicana muy marcada en el pueblo bajo de Cádiz?» El sacerdote le contestó: «Todos los obreros de Cádiz son republicanos, anticatólicos, y, en gran número, anarquistas». Puede también asegurarse que la inmensa mayoría de los obreros en toda España es poco religiosa, influida por corrientes liberales primero y luego por la cuestión social. En Barcelona, principalmente, el viento nuevo ha desarraigado mucho árbol viejo. En Andalucía, en Castilla, buena parte del clero ha contribuido con su poco cuidado de los asuntos espirituales, a debilitar las creencias. El alto clero español cuenta con cabezas eminentes, con sabios y con varones virtuosos; pero en las regiones inferiores no es un mirlo blanco el sacerdote de sotana alegre, amigo de juergas, de guitarras y moshos. La navaja no es tampoco, en ciertos ejemplares, desconocida.

El sacerdote sanguinario y cruel no ha sido escaso en las guerras carlistas. En cuanto a moralidad, es éste el país en donde el «ama del cura» y las «sobrinas del cura» son tipos de comedia y cantar. Ello no quiere decir que, como en toda vida humana y en la del Señor, no haya casos de corrección y de virtud evangélica. El «cura de aldea» de aquel honesto Pérez Escrich no abunda, pero se puede encontrar en la campaña española.

La enseñanza religiosa en España interior se queda en lo primitivo, en la plática pastoral que precede a la idolatría

católica de figuras también primitivas; en las procesiones originalísimas. La Semana Santa en Guipúzcoa, los pasos de Azpeitia con sus siniestras estatuas, son otra cosa que la Semana Santa en Sevilla, con sus esculturas artísticas, sus palios lujosos, sus pasos con imágenes de arte, sus vírgenes vestidas como emperatrices bizantinas. Todo oro, terciopelo, hierro y más oro. Y las saetas, esos cantos que brotan en su aguda tristeza, quejidos del pueblo, dolorosas y sonoras alondras de una raza. ¡Oh la Semana Santa de Toledo, entre la antigüedad gris y seca de esa petrificación de tiempo!

En las fiestas de San Juan Degollado, en la isla de Gasteiz, cerca del cabo Machichaco, puede verse aún la Edad Media, con la devoción idolátrica y temerosa, los romeros y penitentes que suben una cuesta de rodillas, despedazándose sobre la piedra. Los niños van vestidos de negro y violeta. Y los disciplinantes de Rioja, en San Vicente de la Sonsierra: hombres que se destruyen las espaldas con azotes a la vista del público, y luego, cuando el lomo está todo amoratado de golpes o hinchado de disciplinazos, se les raya con bolas de cera llenas de vidrios filosos. Regoyos, nos cuenta de otros martirios, como el ir tocando una gran campana por las calles, a pasar con los pies descalzos sobre pedruzcos y chinillas. Allí la sangre humana se vierte en realidad cada jueves santo...

Pero junto a todas esas manifestaciones de religiosidad nefasta y milenaria encontraréis siempre la guitarra, el vino, la hembra. El torero tiene una imagen a la que reza antes de ir a la corrida, a la fiesta de la sangre. Los antiguos peregrinos que iban a Santiago de Compostela con el bordón y la calabaza eran excelentes pillos y bandoleros que hubo que perseguir. En ciertas procesiones andaluzas hay pleitos por si una santa virgen vale más que otra, y al elogiar a la santa imagen, se injuria con epítetos del hampa a la santa imagen contraria. Se forman partidos por éste o aquél Cristo, por éste o aquél santo milagroso.

En Galicia pasa lo propio. Un escritor gallego me cuenta que un tío suyo muy devoto, después de sufrir un gran dolor moral, se encerró en su gabinete, y con una filosa faca se puso a dar puñaladas a un crucifijo familiar. No es raro que al ir a dejar a la iglesia a una imagen, los conductores se detengan un rato en la taberna.

En 1820 los madrileños saquearon el palacio de la Inquisición; degüello de frailes ha habido que quedara por siempre famoso. España es el país católico por excelencia; pero Rothschild ha sido el amo por intermedio del judío Bauer y se ha transigido por razones muy humanas con la fundación de templos protestantes.

Por todas partes retoña, si regáis un poco, la raíz cristiana, por tantos motivos; pero la savia pagana de la tierra no está destruida. La latina se explica. Se gusta en las procesiones de la pompa, de los oros lujosos, de la decoración de las imágenes y con el pretexto de la devoción se da suelta a los nervios y a la sangre, floreciendo de rojo la España negra. No se abandonan los asuntos de este mundo por los del otro; y la Inquisición misma, en sus orígenes, tuvo más causas políticas que religiosas. El quemadero agregó después ese halago terrible al divertimento popular. Auto de fe o corrida de toros viene a dar lo mismo. En ciertos templos andaluces el catolicismo deja ver a través de sus adornos y símbolos, las líneas y arabescos moriscos. En las almas pasa algo semejante. Ciertamente es que Mahoma sonríe más que Jesucristo en los ojos sevillanos de bautizadas odaliscas.

País de Carlos V, de Felipe II, de Carlos II el Hechizado; país de la expulsión de los judíos y de los moros: su fe no llega muy a lo profundo. Creedme: la España brava llevó la cruz al nuevo mundo nuestro, a lejanas tierras, y la impulsó por la fuerza de manera koránica; pórtala sobre el oro de la corona, sobre la cúpula del palacio real; pero España es como la espada; tiene la cruz unida a la filosa lámina de acero.—*RUBEN DARIO.*

EL ANTICOMUNISMO, EL ANTIIMPERIALISMO Y LA PAZ

(Conclusión)

LA GUERRA, LA PAZ Y LA REVOLUCION SOCIALISTA

En esta atmósfera sombría se está acercando la guerra y nunca la propaganda genéricamente pacifista ha parecido más vacía e inútil. Organizan congresos, comisiones y pronuncian discursos en favor de la paz, los mismos que preparan la guerra, a veces en forma inconsciente y precisamente se celebran tales congresos, se organizan esas comisiones y se pronuncian esos discursos, en función de un conflicto actual en el que germina la guerra futura. Y como las palabras son iguales para todos, la propaganda pacifista llega a estar vacía de sentido, sea cual fuera su origen. El caso es que no estamos en un momento de paz y nadie puede eludir el conflicto. Para no ser en él víctimas inertes, inútilmente sacrificadas, hay que intervenir en un sentido propio.

La hora no es de paz; pero tampoco es fatalmente de guerra. La guerra vendrá si nadie hace nada por impedirla. Y vendrá para destruir a todos o para extender y unificar quizás el proceso totalitario. Pero la guerra no se impide con la abstención o con la sola propaganda antimilitarista. Si la democracia capitalista se sostiene económicamente apoyándose sólo en el rearme y en los gastos necesarios para compensar las destrucciones causadas por la guerra pasada y si su prosperidad no es, por consiguiente, sino una carrera hacia la guerra, ésta no puede evitarse si no se transforma la economía capitalista (basada en los precios y por lo tanto en una escasez que debe mantenerse a toda costa) en una economía cooperativa y distributiva, en la cual se elimine la ganancia y donde el aumento de la producción vaya, como es lógico, en beneficio de los consumidores. Si el totalitarismo—en el cual se cae al querer mantener el privilegio económico y político cuando va desapareciendo la ganancia, base, hasta ahora de ese privilegio—no puede sostenerse más que por medio de la militarización y de la expansión nacionalista (y en esto la España de Franco, la Argentina de Perón y la Rusia de Stalin tienen muchos puntos de contacto), es necesario comenzar por combatir el Estado totalitario, si se quiere combatir la guerra.

El socialismo antitotalitario es la única esperanza de vida frente a la grave amenaza. Pero—lo saben los españoles y lo saben los socialistas de espíritu libre que habitan en los países totalitarios—ésta no es una solución de paz. Todas las fuerzas que en Oriente y Occidente se preparan para la guerra, son inducidas a esa preparación (más que a la guerra misma, a la que todos temen, pero que termina por venir cuando se le ha preparado el camino), por el desesperado deseo de mantener en sus manos la transformación en curso; de salvar, en el seno de la misma, su *autoridad* sobre las masas populares, a las cuales toda crisis otorga siempre cierto grado de iniciativa. La revolución

socialista en Rusia ha sido una de esas crisis; la fuerza dominadora y eliminadora de la iniciativa popular estuvo representada por el partido bolchevique, cuya acción de entonces continúa hoy con el férreo régimen de Stalin. La crisis capitalista, que es crisis de abundancia, ha sido más tarde otra de esas oportunidades, de la que las masas no han tenido aun el tiempo de darse cuenta; el fascismo, el nazismo, el naciente totalitarismo neocapitalista, con el apoyo de las diversas categorías del privilegio político y económico y con el apoyo de la Iglesia, han sido y siguen siendo las fuerzas que han fiscalizado y anulado la intervención de la «base», en este posible campo de acción, desde la España del trienio revolucionario hasta la guerrilla europea antinazi. Conviene a esas fuerzas clasificar como comunistas a todos los movimientos que tienden a una igualdad económica y a una libertad política más completa que las que garantiza la democracia formal, cada vez más afectada por medidas estatizadoras y liberticidas. Del mismo modo, conviene a los comunistas, cuando no pueden fiscalizar a través de una propaganda equívoca tales movimientos, acusarlos de hacer el juego a los intereses capitalistas. Tanto para los unos como para otros, es vital que nadie ni nada quede fuera de los dos bloques. Y los partidos socialistas democráticos, reducidos ya al agotamiento por la línea legalitaria que siguen desde hace más de medio siglo, han terminado por suicidarse aceptando la elección entre Oriente y Occidente y por tanto la escisión.

Si la guerra estallara sería aún en menor grado que la anterior un conflicto entre naciones; cada campo tendría en el campo opuesto una «quinta columna» muy numerosa. Y, a diferencia de la guerra pasada, las dos quintas columnas serían sobre todo populares y tendrían—excluyendo los cuadros—más o menos los mismos objetivos de un lado y de otro: el pan distribuido con justicia y la libertad.

Hacer precipitar esa fundamental identidad antes que la situación haga crisis, quiere decir evitar la guerra, no para mantener la turbia paz actual, sino a través de una revolución (o, mejor dicho, de la expropiación popular de la revolución económica en curso) que tendría contra sí a uno, y otro bloque. Recuerdense los bombardeos ingleses sobre Milán, en plena euforia antifascista y la impasible inactividad de los ejércitos rusos frente a Varsovia, desangrada hasta la última vena, en una desesperada tentativa de revuelta antinazi. Sólo se evitará la guerra combatiendo; también la no violencia puede ser una forma de lucha—y la India lo ha demostrado—con tal de que no sea un fin en sí misma. La creación pacífica, la organización de las moléculas de un mundo nuevo, es igualmente un combate, siempre que se sepa que esas moléculas no serán vitales si no se defienden contra el abrazo mortal que amenaza destruir la humanidad.

Cuando la lucha ardía en España, el mundo tuvo oportunidad de librarse de ese apretón; no la aprovechó. Hoy estamos ante condiciones más difíciles, casi desesperadas, en un momento en que, paradójicamente, los progresos técni-

cos ponen en la mano del hombre un extraordinario poder sobre la naturaleza y la posibilidad de una progresiva liberación del yugo de las necesidades materiales de la vida.

Los horrores de la guerra pasada hicieron pensar a muchos—demasiado tarde—que habría valido la pena de arriesgarlo todo para evitarla, en un gesto vigoroso y rebelde de los pueblos. Los horrores infinitamente más graves de la guerra que se está preparando, plantean obviamente la idea de que vale la pena intentarlo todo, en el sentido de la realización de múltiples iniciativas populares para resolver la crisis, no ya en beneficio de ciertos grupos y castas, sino en beneficio de todos los seres humanos. Para eso es necesario combatir al Estado en todas partes, al Estado que hace también esfuerzos desesperados por mantener el dominio del caos y que sólo puede lograrlo preparándose para la guerra.

La simple propaganda antimilitarista, incluso el sabotaje del rearme, cuando no pase de ser puramente negativo, tienen en este momento el grave inconveniente de ser unilaterales, ya que nada de eso es posible al Este de la línea divisoria de los dos bloques, como no era posible ayer, en el mundo nazifascista. La oposición a la guerra debe ser, pues, revolucionaria, es decir, creadora.

Objetivamente, y fuera de toda proporción con las posibilidades realizadoras actuales de los movimientos de vanguardia y especialmente del movimiento anarquista, una revolución auténticamente socialista en Occidente, que diera a la crisis capitalista una solución distinta a la guerra y que atrajera hacia sí las esperanzas de las masas (las que ponen sus miradas en Rusia, porque no tienen hacia donde mirar, deshabitados como están de mirar dentro de sí), podría salvar la paz e inmovilizar a la U.R.S.S. como potencia agresora, amenazando al propio régimen ruso en el interior, ya que no sólo el aparato policíaco y represivo del Estado, sino también la sensación de estar rodeado por un mundo anti-socialista, mantiene al pueblo ruso, que estuvo magnífico en la revuelta de 1917, en las condiciones de la más pasiva obediencia. Ningún ejército ruso podría hoy avanzar o permanecer por largo tiempo en un país impregnado de socialismo libre, así como ningún ejército occidental podría marchar contra Rusia, si ésta fuera un país socialista.

La posibilidad de que ocurra tal revolución es, o parece ser, muy remota, en tanto que la amenaza atómica está muy cercana. Pero no se pide hoy a la razón una previsión exacta de un porvenir grávido de imprevistos desastres y de posibilidades insospechadas, como lo fuera el pasado reciente. Se le pide una línea de conducta, la elección de un terreno de lucha.

En este mundo falsamente dividido por el dilema demagógico: o contra el capitalismo en favor del comunismo totalitario o contra el totalitarismo en favor del sistema capitalista (que está evolucionando a su vez hacia el estatismo totalitario), nosotros, socialistas anárquicos, debemos trabajar por el acercamiento del elemento socialista contenido en las fuerzas sinceras de los unos, al elemento liberal—a transformarse en libertario—contenido en las fuerzas sinceras de los otros.

Incidentalmente, debo observar que no creo que la calificación de socialista sea redundante o que haya sido superada por nosotros, que queremos el libre acuerdo basado en la coordinación de los núcleos funcionales de productores y consumidores, dedicados a la gestión colectiva de la producción y el consumo, sin Estado y sin propiedad privada. Ha-

biendo muerto en los ministerios el socialismo democrático y en el totalitarismo el socialismo dictatorial, queda viviente el socialismo que en un tiempo no tuvo necesidad de adjetivos y que continúa siendo la suprema aspiración de los desheredados.

En esta aspiración, bastante poderosa todavía como para asustar a los gobiernos de Oriente, de Occidente y de los demás puntos cardinales, que tratan de embridarla y regimentarla en sindicatos más o menos gubernamentales, en partidos más o menos militarizados, está la única fuerza que puede realmente evitar la guerra y construir, no sin lucha, una paz hoy inexistente. Nuestra tarea consiste en hacer que los pueblos adquieran conciencia de ese poder y de esa responsabilidad. Ellos pueden impedir la guerra. Ningún gobierno puede hacerlo. Y esa responsabilidad directa de todos los individuos que componen los pueblos de la tierra no es delegable en ningún parlamento, en ningún poder ejecutivo. En un momento tan grave para la vida de la humanidad, no hay hombre que pueda hacer recaer sobre otros la culpa de su muerte y la de sus semejantes, en una guerra que las nuevas armas parecen hacer de antemano tan impersonal.

Esta urgente necesidad común de acción directa, que se identifica con una aspiración también inconscientemente común hacia una vida libre y justa, es el terreno sobre el cual puede salvarse la humanidad, si es que se salva. Independientemente del optimismo o del pesimismo con que se puede contemplar el futuro, es ese también el campo de acción del movimiento anarquista: al margen de los grandes partidos, de los gobiernos, de todos los organismos oficiales; en el seno de las fábricas, en los campos, en las escuelas, en los libres órganos de cultura, tratando de impregnar las articulaciones de esa inmensa organización natural, formada por las relaciones que el trabajo, con sus complicaciones e interdependencias, establece entre los productores, que las necesidades recientes imponen entre éstos y los diversos aspectos del consumo; que el hambre de saber y las aspiraciones morales, afectivas, estéticas, crean, de cerca y de lejos, entre los espíritus afines.

Es éste el terreno sobre el cual se puede volver a hablar de socialismo; en el cual se puede evitar la guerra entre los totalitarios en acción o en potencia, que quieren extender sobre el mundo entero su dominio exclusivo de amos de esclavos; en el cual, superando el maquinismo, con su mejor aprovechamiento, la jerarquía militarizada, con una ágil y libre coordinación; superando con la responsabilidad individual la mística de la nación, de la raza, de la Iglesia y del partido, se podrá aún volver a encontrar al hombre.

Luca FABBRI

ACLARACION

A ruego de nuestro joven colaborador Adolfo Hernández, hacemos constar que el trabajo que bajo el título de «El indio mexicano» publicamos en el número 23 de CENIT no le pertenece. Fué por error que quedó calzado aquél con su firma. Lo que hacemos constar para satisfacción del interesado.

NOTAS

El movimiento colectivista en Palestina

Empieza a adquirir importancia la bibliografía sobre el aspecto revolucionario de la guerra civil española. Y con ella, la tarea de análisis del aspecto constructivo de aquellos acontecimientos. Más importante aún que todo eso es constatar la repercusión que empiezan a tener las más fructíferas de las realizaciones ensayadas por primera vez en España. La historia podrá ser severa en su veredicto sobre varios aspectos de la obra del proletariado y campesinado español, pero hay algo llamado a sortear airoosamente las eventualidades de cualquier género de crítica. Aludimos a la obra de las Colectivizaciones, a la profunda revolución económica impulsada por los sindicatos y militantes libertarios españoles. Esta obra está llamada a perdurar y a servir de incentivo a los sectores liberales más evolucionados. Desde algún tiempo empieza a tener imitadores en tierras de Palestina. Publicamos seguidamente, como ilustración de lo antedicho, los fragmentos más substanciales de una interesante carta recibida de un compañero instalado en aquel país. Español, exilado por razones obvias, el firmante, al describir las primeras impresiones de su vida en el «kibbutz», solaza su prosa con los mejores aromas de la tierra prometida:

«Hahotrim, 29 de diciembre de 1952. — Querido amigo X: ... Como dejé entrever en cartas anteriores hemos efectuado un nuevo cambio en nuestra situación. Habíamos hablado varias veces sobre el «kibbutz» (Colectividad). Pues bien, he aquí que finalmente hemos sido atraídos por él, y en un «kibbutz» nos encontramos desde hace cerca de tres meses. ¿Podíamos quejarnos en Jerusalén? No. En cualquier país el salariado se halla más o menos sometido a las mismas condiciones. La vida en el «kibbutz» corresponde mejor a nuestra manera de ser en todos los órdenes y habiéndose presentado la oportunidad, dimos al traste con lo que podríamos llamar el viejo mundo y enfocamos nuestra vida por senderos distintos a los hasta hoy seguidos.

»Por una paradoja de la vida estamos realizando, o más bien continuando, la obra de las Colectividades germinadas en España. La cabra tira siempre al monte. Y con el apoyo moral de mi compañera la decisión ha sido rápida. Se acabó para nosotros el salario, no más rompederos de cabeza por cuestiones de dinero, no más sometimiento al patrón y no más desigualdades entre fuertes y débiles.

»Contarte todo sería interminable. Basta que te detalle cómo vivimos aquí. El «kibbutz» es una especie de Colectividad, agrícola en principio, pero puede ser al mismo tiempo industrial. Los hay más o menos grandes. Su régimen interior es el mismo

que el de nuestras Colectividades de España: asamblea general, autonomía, federación, independencia del Estado.

»Nuestro «kibbutz» se compone de ciento cincuenta miembros, hombres y mujeres, y unos sesenta niños. Figuran también unos cincuenta muchachos y muchachas, de entre trece y dieciocho años, que el «kibbutz» ha adoptado a título de preparación agrícola y cuyos padres residen en distintos lugares del país. Se halla encuadrado en medio de doscientas hectáreas de terreno, y está dotado de granja avícola, rebaño, cuarenta vacas lecheras, lavadero ultramoderno, taller de reparaciones, garaje, pequeño taller dedicado a la fabricación de tornillos, sección de costura dotado con diez máquinas, comedor comunal también muy moderno con mesas de cuatro plazas.

»Las viviendas consisten en pabellones de planta baja a base de cuatro piezas; una para cada matrimonio o dos solteros. Los niños de cierta edad ocupan pabellones especiales. Aquí se vive para el niño. Cuidados, sol, aire, espacio. No es casualidad que las estadísticas de mortalidad sitúen al niño del «kibbutz» entre los porcentajes más bajos. Es un placer verlos correr, sanos y hermosos. Diríase que llevan una locomotora dentro, y bien que bulliciosos, son de una amabilidad que cautiva. Sólo esto justifica plenamente el acierto de nuestra decisión de venir.

»Se trabaja y se come, naturalmente, en común. Pero tenemos casa propia. Recibimos en ella a los amigos y parientes para obsequiarles con el té o café. Tendrías que ver esto. Bien que un tanto pequeña la pieza de habitación (3 x 4 metros y terraza de entrada), basta para las necesidades actuales. El mobiliario es como sigue: una o dos camas, armario, bufet-biblioteca, radio, mesa, sillas o sillones. Cada cual arregla su pieza a su gusto y las hay verdaderamente hermosas. ¡Y esto en el campo...!

»En cuanto al trabajo doméstico, no hay que cocinar, ni lavar ni coser la ropa, a la vieja usanza, ni hacer «cola» en el mercado. Mi compañera trabaja en el taller de costura sus ocho horas diarias, desde las siete de la mañana hasta las tres de la tarde. Yo termino a las cuatro, o sea que los hombres trabajan una hora más. Ciertos ancianos trabajan cuatro horas. Los jóvenes acogidos al «kibbutz» tienen clase por la mañana; por la tarde trabajan tres horas. Se trabaja con satisfacción cual demuestra el aspecto alegre y sonriente de la gente.

Todo ello sin percibir salario alguno. Es decir, que no vemos el dinero, y noto que vamos perdiendo la noción del mismo. Sin embargo, tenemos más de todo que antes. ¿Cómo explicarte este fenómeno? Creíamos sería difícil deshacernos de ciertos prejuicios y pequeñeces; pues bien, lo hemos hecho sin esfuerzo. Ciertas necesidades, que no podíamos concebir cómo podrían ser satisfechas en vida colectiva, las vemos hoy resueltas con suma facilidad.

»Mi trabajo consiste en la reparación de todo. Hoy me ocupo de las máquinas de coser, mañana de mecheros o cacerolas; trabajo variado, que es lo que me gusta. Tengo en el taller mi mesa de trabajo y mis herramientas especiales, y he aquí un hombre encantado de vivir.

»¡Amigos, esto es un sueño realizado! ¿Os imagináis lo que significa no tener ninguna preocupación material? Mi compañera y yo nos decimos muchas veces que es como si empezáramos a vivir. Cosa rara, vemos ahora que la vida es corta. Esta sensación no la habíamos experimentado nunca con tanta intensidad.


Terminado el trabajo nos espera la ducha, con agua caliente y fría. Nos cambiamos de ropa y merendamos en casa. Son las cinco de la tarde y ahí están los pequeños de vuelta del jardín infan-

til. Juegan ahora con nosotros, nos cuentan todas sus cosas del día y les contamos, a punto de meterlos en la cama, nuestro cuento diario. Durante el día pueden venir al taller a darnos los buenos días. Total, que disponemos de más tiempo para dedicarles. Ni se fatigan ellos de estar en casa más tiempo de lo normal ni nos fatigamos nosotros. Aparte sus obligaciones escolares siempre están de fiesta. Hoy es el aniversario de este amiguito, mañana el del otro, que quiere decir invitación, bombones y juegos. Tenemos un gallinero grandioso en el «kibbutz», pero los niños tienen también sus gallinas y guardan los huevos con los que los viernes hacen un enorme pastel.

»En general, cada familia tiene un jardincito frente a su casa. Pensamos tenerlo nosotros este verano. En cuanto a distracciones, éstas son variadas: cine todas las semanas, fútbol, ajedrez, coro, lectura. Situados próximos al mar, disfrutamos en verano de una hermosa playa.

»He aquí en pocas líneas lo que es nuestra vida. Se me olvidaba decir que la tierra apenas se toca con la mano. Se encarga del trabajo la máquina. Tenemos cuatro tractores y siete camiones que, en días de fiesta, se utilizan para las excursiones. ¿Para qué necesitamos el dinero?»





POETAS

de ayer y de hoy



SIENIDIEIRO

Frente a la eternidad del ancho mundo
camino paso a paso.
Las huellas de mis pies son cual senderos
que el viento va borrando
Quizá un día la fugaz estrella
cruzar  bajo un cielo azul
y manso,
un cielo sin metales temblorososs,
sin más eco
que el eco de mi llanto.
Pero yo no estar  ya aquí ese día,
y el reflejo del astro
no alumbrará sobre el largo camino
el sendero trazado por mis manos.
Ahora camino
bajo un cielo de mil ojos en blanco,
el eco del bordón no llega a nota
y el peso de mi fardo
no encierra más misión que ese camino
que prosigo despacio.
Pregunt is mi destino y os respondo:
Bajo la blanca estrella del espacio
intento destruir la paralela
que al camino tiene encadenado.
Busco el sendero que avanza convergente
desde los tibios dedos de tus manos,
las verdes copas de los negros árboles
son flechas a mis pasos.
Un día las agujas de las torres
liberarán su rayo
y cesarán de ser circunferencias
las norias chirriantes de sus gallos.
No hay lucero para el alma angosta.
—Te equivocas, hermano—
Las estrellas son del universo
y el camino hacia él es largo y ancho.
No es camino de viejas herraduras,
ni de botas con clavos.
El camino que va hacia los luceros
hay que andarlo descalzo,
el bordón en la diestra,
en la siniestra el fardo
sin otro contenido peregrino
que el deseo de andarlo.
No busques huellas que te lo señalen,
ni surcos de un arado.
Las señas de mis pies son cual senderos
que el viento va borrando.

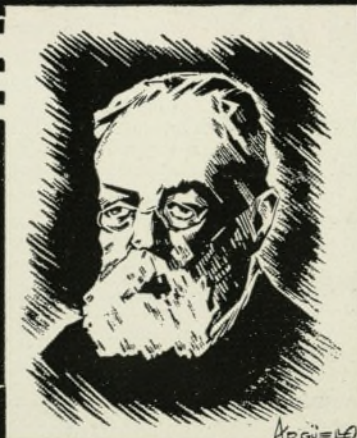
J. CARMONA BLANCO.

(Del libro de poemas «Cañaveral junto al mar», Editorial
Americalee, Buenos Aires, 1952.)

Anselmo Lorenzo

EL PROLETARIADO

Militante origen del
Sindicalismo



Ediciones M.L.P.-C.N.T.

EL PROLETARIADO MILITANTE

(Origen del Sindicalismo)

Por **Anselmo LORENZO**. Dos tomos con 528 páginas. Precio de los dos tomos, incluidos los gastos de envío, **250 francos**.



Pedidos a «CNT»

4, rue Belfort, TOULOUSE

C.C.P. 1197-21 — Toulouse

“La C.N.T. en la Revolución Española”

por **José PEIRATS**

Materias contenidas en el segundo tomo:

- Capítulo XVI. — ESPAÑA ANTE EL MUNDO.
- Capítulo XVII. — VIDA ORGANICA Y UNIDAD SINDICAL.
- Capítulo XVIII. — LA SOMBRA DEL KREMLIN.
- Capítulo XIX. — EL MILAGRO DE LAS INDUSTRIAS DE GUERRA.
- Capítulo XX. — LA MAREA CONTRARREVOLUCIONARIA.
- Capítulo XXI. — LOS SANGRIENTOS SUCEOS DE MAYO.
- Capítulo XXII. — LA CRISIS DEL GOBIERNO LARGO CABALLERO.
- Capítulo XXIII. — OCASO POLITICO DE LA C.N.T.
- Capítulo XXIV. — IRONIAS DE UN PRIMER ANIVERSARIO.
- Capítulo XXV. — DESTRUCCION DEL CONSEJO DE ARAGON.
- Capítulo XXVI. — LA CRISIS DEL PARTIDO SOCIALISTA.

Precio del ejemplar: **700 francos**

Diez por ciento de descuento a partir de cinco ejemplares. Pedidos a «CNT», Hebdomadaire. C.C.P. 1197-21. TOULOUSE (H.-G.).